

LA FUERZA ABSOLUTA

Clark Carrados

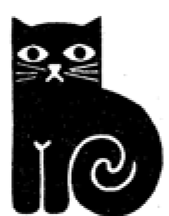
CIENCIA FICCION

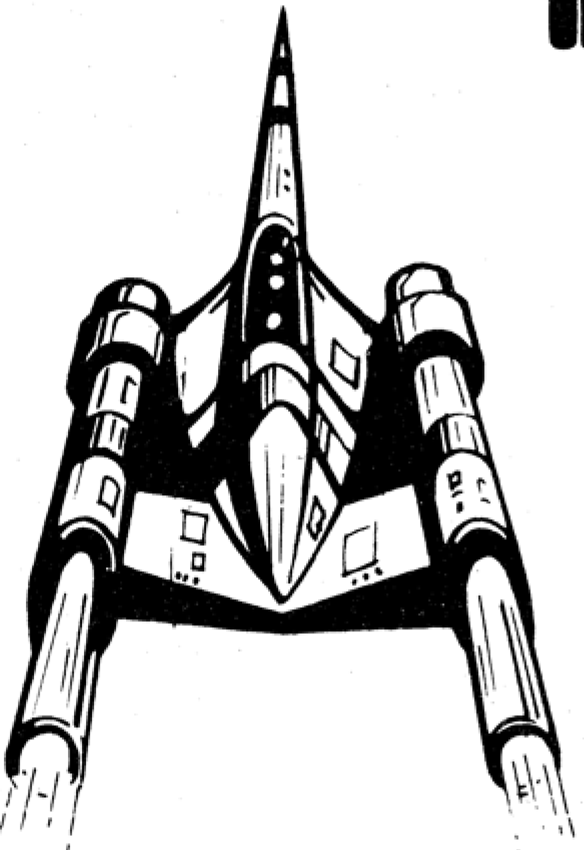


LA FUERZA ABSOLUTA

Clark Carrados

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

539 — *Guerra cíclica* — A. Thorkent

540 — *El cosmos no es finito* — Glenn Parrish

541 — *El planeta del holocausto atómico* — Ralph Barby

542 — *El planeta encantado* — Joseph Berna

543 — *Contrabandistas del cosmos* — A. Thorkent

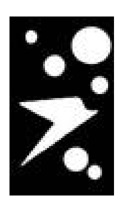
CLARK CARRADOS

LA FUERZA ABSOLUTA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 544

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 35.059 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero, 1981

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la

imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPÍTULO PRIMERO

Se sentía muy triste y desgraciado. Le había abandonado la mujer de la cual estaba enamorado.

—Y sólo porque soy pobre y no tengo un apellido distinguido —dijo Tony Squibbs, entre hipo e hipo—. ¿Qué quería, un título de superduque?

El suelo se inclinó de pronto y tuvo que agarrarse a un farol para no caerse.

—No estamos en un barco, creo yo… ¡Hip!

Un hombre pasó apresuradamente por su lado.

—Señor —dijo Squibbs.

—¿Le pasa algo, amigo?

—Oiga, ¿de verdad cree que tiene algo de malo el apellido Squibbs?

—Es el apellido de un idiota —contestó el hombre. Y siguió su camino.

—Yo, ¿idio… idiota?

Squibbs volvió a hipar. A través de la niebla alcohólica que velaba su cerebro, empezó a pensar que se le había ido la mano en la cuestión de la bebida.

El suelo volvió a inclinarse, ahora hacia el lado opuesto, y giró en torno al farol.

—¿Quién me ha traído a un barco, en pleno temporal? —dijo.

Sacudió la cabeza. Trató de serenarse.

—Tony, hijo, tienes que llegar a casa… ¡Hip! Has pescado una borrachera fenomenal…

Repentinamente, un hombre se le acercó y le enseñó algo.

—¿Me lo compra, caballero?

Squibbs trató de apartar con una mano la bruma que le impedía

una visión correcta de las cosas. Desenfocadamente, vio a un sujeto menudo, de ojos vivaces y nariz afilada, en cuyo rostro se captaban ciertas señales de aprensión.

—¿Qui... quién es usted, señor? —preguntó Squibbs, haciendo heroicos esfuerzos para no tartajear.

—Me llamo Varno, pero eso no importa ahora. Escuche, necesito dinero... Le vendo esto. Vamos, por favor, cómpremelo...

Squibbs se enderezó, pero el farol se alejó súbitamente un par de metros y corrió a sujetarlo.

—No te marches, maldito. Eres mío... No, no me refería a usted; hablaba con este farol... ¿Decía algo, señor Vurto?

—Vurto, no. Varno, Varno...

Squibbs empezó a mover el índice como si fuese una batuta.

—Var-no... Var-no... Un, dos, un, dos... Izquierda, derecha... Así hacen los soldados cuando desfilan...

—Vamos, caballero, por favor, cómpreme esta cosa... Es urgente, necesito el dinero...

—¿Y para qué quiero yo una manzana a estas horas?

—No es una manzana, hombre. ¿Es que no lo está viendo?

Squibbs trató de fijar la vista en el objeto que Varno tenía en la palma de la mano derecha. Era un disco de unos diez centímetros de diámetro, por algo más de uno de grueso, y ligeramente convexo. Tenía una anilla y por ella pasaba una cadena, que permitía llevarlo colgado del cuello.

—Parece una pasta —dijo.

Cogió el disco, se lo llevó a la boca y mordió.

—Oiga, esto... ¡Hip!, no se come...

—Claro que no se come. ¿Me lo compra? —preguntó Varno esperanzadamente.

—¿Y si no se come, para qué lo quiero yo?

Varno se le acercó, con expresión enigmática

—Podrá ver a cualquier persona, dondequiera que esté; podrá

adivinar su futuro...

—El mío es muy negro. ¡Elsie me ha abandonado! —gimió Squibbs, a la vez que rompía a llorar.

Varno le dio unas palmaditas en el hombro.

—Ánimo, muchacho. Los hombres no lloran jamás por una mujer. Además, este instrumento, le servirá para conseguir todas las que desee. Bastará que lo piense, para que caigan rendidas a sus pies... Podrá adivinar el porvenir, el suyo, el de cualquier persona, el de cualquier empresa, organización, sociedad o grupo político... Penetrará en los misterios de la Bolsa y podrá jugar sobre seguro... Se hará inmensamente rico y tendrá el mundo a sus pies...

Squibbs le escuchaba con la boca abierta.

—¿Es... un talismán mágico? —preguntó.

—Algo así. ¿Qué, me lo compra? Es suyo, por un dólar...

—Yo...

Varno no le dejó seguir. Metió el disco en uno de los bolsillos y hurgó en los demás, hasta encontrar un billete, que se guardó en el acto.

—El trato ya está hecho. Buena suerte, Tony.

Squibbs estaba a punto de perder el sentido.

—Me encuentro muy mal —gimió.

Varno volvió a palmearle los hombros.

—Haga un esfuerzo y se sentirá completamente bien —dijo.

De pronto, lanzó un agudo chillido:

—¡Ya están ahí! ¡Malditos!

—¿Qui... quiénes? —preguntó Squibbs torpemente.

—Ellos, los skalmadoritas...

—Skal... madoritas... Qué palabra tan rara...

Varno echó a correr. Squibbs le miró estúpidamente.

—¿Adónde va, hombre? —gritó.

Dos individuos surgieron en aquel momento por una esquina. Al ver a Varno, gritaron al mismo tiempo.

—Ahí está ese maldito...

—Corre, todavía podemos darle alcance.

Squibbs se agarró con fuerza al farol. Varno corría desalado, a lo largo de la avenida. De repente, se vieron las luces de un coche que rodaba en sentido opuesto.

Varno no suspendió su carrera ni se desvió un centímetro de la ruta. El conductor del coche aplicó el freno a fondo.

Chirriaron las ruedas. Varno siguió corriendo y «atravesó» el vehículo. Al pasar al otro lado, desapareció.

Se oyó un chillido de mujer. Los perseguidores de Varno alcanzaron el coche y pasaron también a su través, desapareciendo instantes más tarde.

El automóvil se había detenido. Junto al conductor, una mujer lloraba histéricamente.

—Mike, te dije que habíamos tomado una copa de más...

Las manos del conductor temblaban convulsivamente.

—Olga, será mejor que no digamos nada. No nos creerían.

Squibbs tenía la boca abierta.

—¡Qué pesadillas le hace a uno ver el alcohol! Más me valdría no haber bebido. Ahora estaría completamente sereno...

De repente, sintió que le desaparecía la borrachera.

Miró el farol.

—Pero, ¿qué diablos hago yo aquí? —exclamó.

El coche se alejaba ya. Squibbs no podía recordar en aquel momento dónde había dejado el suyo, ni tampoco le importaba nada. Inspiró con fuerza, sacó el pecho y rompió a andar con paso firme.

* * *

Despertó por la mañana, sintiendo un horrible dolor de cabeza y con la lengua tan seca como una suela de zapato abandonado en un

armario.

—Dios, la pesqué buena anoche...

Puso la cafetera al fuego, se tragó un par de aspirinas y se metió en el baño. El agua fría le entonó bastante. El café acabó de dejarlo como nuevo.

Entonces, recordó su situación. Ella le había dejado plantado, sin demasiadas explicaciones, aunque tenía la impresión de que la ruptura estaba relacionada con su situación económica, más que con el apellido en sí.

Miró a su alrededor. El apartamento era más bien modesto. Su sueldo no daba para mucho más.

—Debe de ser que me falta carácter para las grandes empresas —se dijo.

Suspiró. Siempre sería un buen empleado, un eficiente burócrata, pero nada más. Y ¿qué culpa tenía él de ser como era?

Lo peor del caso era que su trabajo dependía del padre de su ex enamorada y que podía considerarse en la calle. Ni siquiera se molestaría en presentar la dimisión. En aquella empresa, la burocracia funcionaba a la perfección. Ya le enviarían el cheque con el saldo.

Terminó la segunda taza de café y pensó en vestirse.

—Para ir, ¿adonde? ¿En busca de un nuevo empleo?

De repente, decidió romper con todo. Tenía ahorros suficientes para seis meses. Cuando hubiese vaciado su cuenta corriente, pensaría algo.

Pero no en beber, se dijo. «Nunca más, nunca más», pensó firmemente.

Hacía un día espléndido. Un paseo por el parque le sentaría bien, calculó.

Cuando se ponía la chaqueta, notó algo pesado en un bolsillo. Metió la mano, encontró una cadenita y tiró de ella.

El disco brilló con resplandores que cegaban. Squibbs lo contempló estupefacto.

Parecía hecho de nácar puro, con irisaciones cromáticas de colores que jamás había visto. Era una belleza indescriptible y, al

tacto, parecía cálido, casi vivo.

—¿De dónde diablos ha salido esta joya? —murmuró.

Y, de repente, recordó el encuentro con Varno.

—Cielos, el tipo al que perseguían... Atravesó un coche...

¿Quiénes perseguían a Varno? Tenían un nombre muy raro. Ah, sí, los skalmadoritas. Pero, ¿qué rayos significaba el nombre?

Se echó a reír. Varno le había dicho que con aquel disco podría ver el futuro...

—Y que podría hacerme inmensamente rico y que adivinaría el porvenir de cualquiera, lo mismo un individuo aislado que un grupo social.

Acanutó los labios y lanzó un bufido desdeñoso.

—¡Tonterías! —exclamó.

El siglo XXI llevaba escasamente diez años de «vida». ¿Quién podía creer en semejantes paparruchas?

Sin embargo, un impulso extraño, incontenible, le hizo colgarse el disco del cuello, ocultándolo con la camisa. El contacto le resultó cálido y confortador. Silbando alegremente, salió a la calle.

CAPÍTULO II

Lucía un sol esplendoroso. En el parque había un prado verde brillante, esmaltado de margaritas y otras flores. Un arroyo lo atravesaba por uno de sus costados. La imitación a una zona natural era perfecta.

Había una muchacha sentada sobre la hierba, apoyada en una mano. Squibbs la contempló arrobado.

Tenía el pelo rubio, dorado, largo, suelto. A pesar de la postura, se adivinaba que era alta y de cuerpo maravillosamente conformado. Parecía abstraída en la lectura de un libro.

Squibbs no pudo contenerse.

—Me gustaría ser pintor —dijo.

Ella alzó el rostro y sonrió. Squibbs se dijo que tenía los ojos más bonitos que nunca había visto.

—¿Para qué? —preguntó la muchacha.

—La pintaría a usted, tal como está y con el fondo de césped y flores. Con ese cuadro, me bastaría para alcanzar fama imperecedera.

—Entonces, la fama dependería del pintor y no de la modelo.

—El pintor no se inspiraría sin la modelo.

Ella rio suavemente.

—Muchas gracias —dijo—. No es pintor, supongo.

—No. Perdón, me llamo Squibbs, Tony Squibbs.

—Soy Mildred Pawnton —se presentó la muchacha.

—¿De *Pawnton & Co.*? —preguntó Squibbs.

—Sí, aunque no intervengo para nada en los negocios. Es asunto de mi padre.

—Oh, una empresa muy importante. Algunos dicen que es la dueña de la mitad del planeta, señorita Pawnton. Mildred se echó a reír.

—La gente es propensa a exagerar. En realidad, sólo poseemos el cuarenta y nueve y medio por ciento de la Tierra —dijo.

Squibbs rio también.

—Tiene usted un humor excelente —elogió.

De pronto, se puso serio.

—Señorita, ¿tiene usted enemigos? —preguntó.

—¿Por qué? —se extrañó Mildred.

El joven miró a derecha e izquierda. «¿Qué estoy presintiendo?», se preguntó.

Fijó la vista en la hermosa muchacha.

—Van a secuestrarla —dijo.

Mildred le miró como si se hubiera vuelto loco.

—Señor Squibbs, tengo la impresión de que no es tan simpático como me pareció en un principio —dijo—. Esa broma es de muy mal gusto.

—Lo siento, pero sé que es cierto. Alguien viene…

Squibbs se interrumpió de pronto.

—¡Ya están ahí!

Una pareja atravesó el prado. Parecían dos enamorados, él con el brazo izquierdo en torno al talle de la chica, ella comiéndoselo con los ojos. De pronto, al llegar a las inmediaciones de Mildred, el hombre endureció el gesto y sacó una pistola.

—Será mejor que nos acompañe —dijo secamente.

—No grite —añadió la mujer.

—Eh, estoy aquí —exclamó Squibbs.

—Mátalo, Roy —ordenó ella.

El hombre apuntó a Squibbs con el arma y apretó el gatillo.

Mildred gritó. Squibbs sintió un ligero golpecito en el pecho.

«Ya estoy muerto», pensó.

De súbito oyó un alarido.

El hombre soltó la pistola y se agarró la mano, que sangraba profusamente.

—La bala... ha rebotado... Ese tipo debe llevar un chaleco blindado... ¡Larguémonos, Effie!

La mujer, aterrada, dio media vuelta y quiso echar a correr.

Squibbs saltó hacia adelante, en un magnífico placaje de rugby y la aferró por las piernas, haciéndola caer al suelo. Al otro lado del prado, un policía hizo sonar un silbato.

Y allí terminó el intento de secuestro.

* * *

John Pemberton Pawnton recibió a Squibbs aquella misma tarde, en su lujosa mansión, acompañado de su esposa y de su hija.

—Joven, ignoro cómo lo supo, pero lo cierto es que ha evitado el secuestro —dijo Pawnton—. ¿Qué puedo hacer en su favor?

—Nada —sonrió Squibbs—. Me doy por satisfecho al saber que su hija no ha sufrido daño alguno...

—Pero usted... supo que iban a secuestrarla...

—Lo presentí, señor.

—¿Es adivino? —preguntó la señora Pawnton.

—No, señora. Fue... No puedo describir ese sentimiento. De repente, lo supe, eso es todo, señora.

—Bien, bien —dijo Pawnton—, el «cómo» es lo de menos. Lo importante es que Mildred se encuentra bien. Insisto, señor Squibbs, deseo hacer algo en su obsequio. Dígamelo y, a poco que pueda, lo tendrá.

—Repito que no deseo nada, señor.

—¿Tiene trabajo?

—No, señor.

—Puedo darle un empleo en alguna de mis empresas. Usted parece despejado, inteligente...

—Tan inteligente, que no quiero trabajar por el momento —contestó Squibbs jovialmente.

—Me da envidia —confesó. Pawnton—. Yo también quisiera hacer lo mismo, pero estoy encadenado a los negocios. No puedo dejar de trabajar aunque quisiera.

—Le comprendo —sonrió el joven—. Una pregunta, por favor, señor Pawnton.

—Dígame, muchacho.

—En estos últimos tiempos, ¿ha tenido usted alguna relación con la *Corporación Garnett*?

—Sí, aunque los contactos habían sido secretos —contestó Pawnton, vivamente sorprendido—. ¿Cómo lo ha sabido usted?

—Eso no importa ahora. Si esos contactos se hubieran roto, ¿qué habría pasado?

—En tal caso, las acciones de la *Garnett* estarían por los suelos. Pero yo no pensaba desistir…

—Le hubieran obligado a ello, con la amenaza de matar a su hija. Y, más adelante, alguien habría comprado esas acciones a un precio ínfimo, para luego venderlas en una escandalosa especulación. Averigüe quién podía tener interés en ese negocio y sabrá quién ordenó raptar a su hija.

—¡Por Dios, que así lo haré! —exclamó Pawnton—. Es un magnífico negocio y no quiero perdérmelo.

—Les ruego me dispensen —dijo Squibbs—. Debo retirarme. Créanme, he tenido un gran placer al conocerles.

—Le acompañaré, Tony —dijo la muchacha.

Salieron juntos. Mildred le contempló fijamente.

—¿Es cierto que es usted adivino, Tony?

—No sé qué contestarle… y por ahora, no puedo decirle más. El caso es que «veo» las cosas…

—Clarividencia.

—Sí, eso debe de ser. —Squibbs volvió a sonreír—. ¿Sabe?, mañana me voy a matricular en una escuela de arte.

—¿Para qué?

—No he desistido de pintarla a usted.

Mildred sonrió deliciosamente.

—Seré su modelo cuando crea estar dispuesto —prometió.

Squibbs emprendió el camino de regreso a su casa. Se tocó el disco que llevaba bajo la camisa.

¿Era cierto lo que le había dicho Varno?

¿Cómo había sabido él que iban a secuestrar a Mildred?

¿Quién le había hablado de las negociaciones de Pawnton con la *Garnett*?

Cuando llegó a su casa, se quitó la chaqueta y la camisa y quedó con el torso desnudo. Luego sacó la cadena por encima de su cabeza y contempló el disco.

La superficie nacarada se agitó en ondas irisadas. De pronto, le pareció que se hacía mucho más grande. Estaba pensando en Mildred y, de repente, la vio.

Ella estaba en su dormitorio, desabrochándose la blusa. Squibbs respingó.

—Un caballero no debe hacer eso —exclamó.

La imagen de la muchacha desapareció en el acto. Aturdido, quiso hacer otra prueba y pensó en un amigo que tenía.

Tom Avery apareció en el disco, agitando los brazos furiosamente, a la vez que profería gruesas palabras. Su esposa, sentada en el borde de la cama, lloraba amargamente. Squibbs se concentró más todavía y consiguió «escuchar» la conversación de los esposos.

* * *

Al día siguiente, se encontró con Avery en la cafetería donde solían desayunar la mayoría de los días.

—Tienes los ojos en la nuca, Tom —dijo Squibbs—. Has pasado una noche infernal.

—Lo admito.

—Estás a punto de separarte de tu esposa. Sería una lástima.

Avery respingó.

—¿Quién diablos te ha dicho...?

—Despide a tu suegra. Ella es la culpable.

—Pero, Tony...

—Haz lo que te digo o te convertirás en un infeliz.

Squibbs arrojó unas monedas sobre el mostrador. Avery se sentía estupefacto.

—Diablos, Tony. Nadie sabe una palabra... ¿Eres adivino?

—Soy un buen filósofo, Tom. Adiós.

Avery le llamó una semana más tarde.

—Tony, tenías razón. Hice lo que me aconsejaste y mi casa es de nuevo una balsa de aceite —dijo.

—Lo celebro, Tom.

—Escucha, voy a enviarte a un amigo que tiene problemas también en su matrimonio. Aconséjale, se siente muy afligido. Pero cóbrale por tus servicios. Es rico y puede pasarte lo que le pidas.

—Sí lo recomiendas tú, lo recibiré —repuso Squibbs.

Aquella tarde, se entrevistó con el amigo de su amigo y escuchó sus problemas. Squibbs no tardó en encontrar el remedio.

—Usted está preocupado por un individuo que hace años fue pretendiente de su esposa y que trata ahora de llevársela. No haga caso, no lo conseguirá. Su esposa le es rigurosamente fiel, porque le ama. Esta tarde tendrá ocasión de comprobarlo.

El amigo de Avery lo llamó al día siguiente.

Usted tenía razón, señor Squibbs. No sé cómo agradecerle... a menos que le envíe un cheque...

Squibbs se echó a reír.

—Fije usted mismo el precio de su felicidad —contestó.

El cheque llegó al día siguiente y era por cinco mil dólares.

—No está mal —murmuró Squibbs—. Debería dedicarme a consejero matrimonial.

Pero sin abusar: no quería cargarse de trabajo.

* * *

Dos meses más tarde, Squibbs era un hombre famoso.

Continuamente recibía llamadas, para consultar sobre problemas personales. Tuvo que tomar una secretaria y establecer un riguroso turno de visitas. Cuatro días a la semana y cuatro horas por día.

El dinero afluyó a su cuenta corriente. No fallaba un solo consejo.

—Pues es verdad, Varno tenía razón —se dijo un día.

Dos semanas más tarde, se encontró con un antiguo cliente.

—Usted está preocupado, señor Rheingold —dijo—. ¿No resultó acertado el consejo que le di?

—Oh, sí, me fue maravillosamente.

—Entonces... ¿por qué está preocupado?

—Se lo diré sinceramente. Vamos a perder las elecciones.

Squibbs levantó las cejas.

—¿Ustedes?

—Sí, los liberales. Los demócratas llevan todas las de ganar. Y yo había dirigido la campana del futuro presidente y tendré que dedicarme a barrendero. Si es que hay una plaza libre.

Squibbs se echó a reír.

—Confía demasiado poco en sus propias fuerzas —exclamó—. Le haré una apuesta. Cien a uno a que ganan ustedes.

—Hombre, eso sería una locura...

—¿Cien dólares?

—De acuerdo. Al menos, tendré para vivir un par de semanas —contestó el sujeto.

Las elecciones se celebraron una semana más tarde. Ganaron los liberales. El partido demócrata resultó vencido, aplastado, poco menos

que pulverizado.

El día en que se publicaron los resultados de las elecciones, Squibbs se encerró en su despacho, sacó el disco y lo contempló fijamente durante unos momentos.

—¿Qué eres? —preguntó—. ¿Por qué me has concedido esos poderes? ¿Eres un sirviente o un objeto mágico, construido por algún brujo?

Los fogonazos irisados del disco parecieron acentuarse. Squibbs creyó entender que el disco quería hablarle, pero, por más esfuerzos que hizo, no consiguió «oír» ninguna de sus «palabras».

Empezó a sentir miedo. ¿Era él quien dominaba al disco o el disco le dominaba a él?

* * *

Carl Rheingold le llamó días más tarde.

Rheingold era el cliente que había planeado la campaña electoral del nuevo presidente. Su reputación había subido enormemente. Era ahora un hombre muy considerado, al que todos buscaban para pedirle favores y recomendaciones.

—Tony, el presidente está informado de lo que hizo usted —dijo Rheingold sin más trámites—. Sabe también que es un magnífico consejero personal y desea incorporarlo a su «staff». ¿Qué me contesta?

Squibbs se echó a reír.

—No me diga que el presidente me quiere en su estado mayor —exclamó.

—Pues, sí, aunque le parezca mentira, así es. Más todavía: está dispuesto a nombrarle jefe de consejeros, con un sueldo muy sustancioso. Y yo mismo deseo que acepte el puesto. ¿Qué me contesta?

El joven meditó unos instantes.

—Tengo que pensármelo —dijo al cabo.

—¿Por qué?

—Sospecho que perdería mi independencia y eso no me gusta

mucho.

—Muy bien, pero también obtendría otras compensaciones. Piénselo, tiene unas semanas de tiempo.

—De acuerdo. Ya me lo pensaré.

Era un puesto envidiable, se dijo Squibbs. Sería envidiado, requerido por todos; le buscarían infinidad de personas, hombres, mujeres… Y tendría poder e influencia…

Volvió a descolgar el disco y lo contempló fijamente.

—¿Qué me reserva el porvenir? —murmuró.

El disco se agrandó súbitamente. Squibbs se vio en un sillón, con dos chiquillos en las rodillas y otro en pie, agarrándose al brazo del mueble. Un cuarto jugaba con una pelota al lado y, en otro sillón, Mildred, maternalmente, daba el pecho a un bebé de pocas semanas.

—Cielos —se asombró.

Borró aquella imagen del disco, estremeciéndose de placer y miedo al mismo tiempo. ¿Era cierto lo que había visto o sólo deseos de su imaginación?

Hacía tiempo que no sabía nada de Mildred. Llevaban semanas enteras sin verse. Habían vuelto a encontrarse una vez, después del día en que se conocieron, pero la relación, apenas iniciada, parecía definitivamente cortada.

El disco seguía en su mano y no apartaba la vista de él un momento. De repente, se agrandó más todavía.

Ahora ocupaba buena parte de la habitación. Squibbs divisó un extraño paisaje, con árboles y plantas fantásticos, como no había visto jamás en su vida. Algo pareció tirar de su cuerpo con fuerza irresistible, arrastrándole hacia aquella selva.

En aquel momento, oyó un grito:

—¡Tony!

El grito se transformó en una especie de bramido. Todo dio vueltas a su alrededor. Sintióse proyectado con enorme velocidad, convertido en un obús humano, y lanzado a un lugar en el que nunca había estado. Luego rodó sobre un suelo herboso y se quedó quieto, sano, pero aturdido y desconcertado.

Estaba tendido en el suelo y se apoyó en una mano para mirar a su alrededor. Inesperadamente, oyó la voz de Mildred a su derecha:

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí? ¿Dónde estamos, Tony?

CAPÍTULO III

Squibbs se arrodilló, sentándose a continuación sobre los talones. Mildred estaba a pocos pasos de distancia, en una posición similar y no menos asombrada.

—Tony, contéstame —rogó la muchacha.

Él se pasó una mano por la frente. Absorto, volvió a pasear la mirada por los alrededores.

Todo era nuevo, los árboles, los matorrales...

¿Adónde habían ido a parar?, se preguntó.

—Tony —insistió ella.

Squibbs sacudió la cabeza.

—Mildred, ha ocurrido algo extraño —dijo al cabo—. Ni yo mismo sé cómo explicarlo, pero... creo que esto no es la Tierra.

—Por Dios, no digas cosas raras. Tony.

—Hablo en serio. Mildred.

De pronto. Squibbs vio algo que brillaba sobre la hierba. Era el disco, desprendido de su mano durante aquel cortísimo e increíble viaje.

—¿Ves esto? —preguntó.

—Sí, parece una piedra preciosa... Un ópalo.

—Creo que es el causante de todo, Mildred.

—¿Hablas en serio? ¿Cómo puede ser ese disco el origen de lo que nos está sucediendo?

—Verás... Oye, tú habías venido a mi casa —recordó él de pronto.

—Sí. Hacía tiempo que no tenía noticias tuyas. Pasaba por las inmediaciones y se me ocurrió visitarte. La secretaria me dejó pasar, entré en tu despacho, oí un ruido espantoso...

—Fue el disco, Mildred. Parece una joya, pero, a veces, pienso que es un ser viviente.

—Tony, me parece que desvarías.

—Por favor, escúchame un momento, ¿quieres? Voy a contarte algo que no he dicho a nadie todavía. Después, cuando termine, tú misma juzgarás. Y hasta podrás darme tu opinión: creo que voy a necesitarla.

Ella sonrió.

—¿Mi opinión... a un reputado consejero, prácticamente infalible?

Squibbs movió la mano ampliamente.

—Esto es algo que no he podido prever —contestó.

Y, acto seguido, empezó a hablar.

Cuando terminó, Mildred se sentía estupefacta.

—¿Debo creerte, Tony?

—Te juro que es rigurosamente cierto. Piensa en el intento de secuestro, piensa en lo que le dije a tu padre sobre la *Corporación Garnett*... Me he labrado una reputación, como consejero de problemas personales. Todos mis clientes, si han seguido mis consejos, han resuelto sus conflictos. Vaticiné que ganarían los liberales y así fue... Pero todavía hay más.

—¿Más? —se asombró la muchacha.

—El secuestrador disparó contra mí. Luego dijo que yo llevaba un chaleco blindado. Pero eso no es verdad. Y aunque lo hubiese llevado, los chalecos blindados no «devuelven» los proyectiles: simplemente, absorben el impacto. Y la bala que el secuestrador disparó contra mí, rebotó y le hirió en la mano que empuñaba la pistola.

—¿Quieres decir que el disco devolvió la bala?

—Estoy convencido de ello, Mildred.

—Entonces, te salvó la vida. Pero, ¿por qué?

—No lo sé, aún no logro verlo claro. Pensando que pudiera tratarse de un ser vivo, he intentado entrar en contacto con él, pero no he tenido respuestas. Solamente me ha permitido ver mi futuro.

—¿De veras? ¿Qué te espera, Tony?

—Si no te importa, por ahora prefiero callar —contestó él, pensando en la escena hogareña que había «visto» poco antes.

—No será nada grave…

—Descuida. Al contrario, es muy satisfactorio.

—Bien, me quitas un peso de encima. Tony, dices que un tipo llamado Varno te vendió el disco.

—Sí, por un dólar.

—Y luego mencionó a los skal… ¿cómo se llaman?

—Skalmadoritas. Supongo que debe de ser el derivado del nombre de su planeta, pero no sé más de ellos, excepto que tienen aspecto enteramente humano.

—Y perseguían a Varno…

—Sí. Estaba aterrado y huyó como alma que lleva el diablo. Debió de moverse en otra dimensión; por eso pasó a través del coche, como los skalmadoritas que lo perseguían Ya no he vuelto a verlos más.

Mildred paseó la vista por los alrededores.

—Skalmadorita parece derivado de un planeta llamado Skalmador —dijo—. ¿Y si estuviéramos en ese planeta?

Squibbs respingó.

—¿Nos habrá traído aquí el disco?

—El disco… o una fuerza inmensa, de la que no hemos oído hablar jamás y cuyo origen y características desconocemos por completo.

—Es posible que tengas razón —convino él—. Pero si es así, me gustaría saber cómo podríamos utilizar esa fuerza, para el viaje de regreso.

Hizo saltar el disco en la palma de la mano y volvió a colgarlo de su cuello. Luego se puso en pie.

—Y si no podemos regresar, tendremos que pensar en la forma mejor de vivir aquí —agregó.

Mildred se incorporó también,

—¿Tú crees? —se aterró.

Antes de que Squibbs pudiera conquistarle, se oyó un horrible sonido en las inmediaciones. Mildred, asustada, gritó y se apretó contra el joven, buscando instintivamente su protección.

* * *

El sonido se repitió. Era una mezcla de todos los que conocían: rugido, bramido, aullido.

Las plantas y los árboles crujieron y se agitaron violentamente. Squibbs, no menos asustado que la muchacha, empezó a buscar un lugar donde refugiarse, para eludir el ataque de la bestia que, a no dudarlo, tenían en las inmediaciones.

Chasquearon algunos troncos. De repente, vieron caer un árbol de quince o veinte metros de altura. La tierra retembló fuertemente.

Un espantoso ser, de una forma que jamás hubieran sido capaces de imaginar, apareció súbitamente ante ellos.

Era una bestia de pesadilla, de casi veinte metros de altura y más de cien de largo, con cuatro colosales cuellos, rematados en otras tantas cabezas, cada una con una boca capaz de partir en dos a una persona sin la menor dificultad, armadas con dos hileras de dientes terroríficamente afilados. Tenía ocho patas, relativamente cortas, y de cada uno de sus costados sobresalía una doble hilera de aguzadas espinas, ninguna de las cuales medía menos de dos metros de largo. Había millares de espinas y Squibbs supuso que eran una defensa natural contra otros animales, seguramente no menos feroces ni demasiado inferiores en tamaño.

En el dorso del animal, desde el nacimiento de los cuellos a la cola, larga de veinte o más metros, había una triple hilera de placas óseas, triangulares, que alcanzaban cuatro metros de altura en su punto máximo. El color era verdoso, con grandes motas rojizas. Cada cabeza, sorprendentemente, tenía un solo ojo, redondo, como un globo transparente, en cuyo centro se divisaba una negra pupila, de maligna mirada.

—No puede ser —dijo Mildred—. Estamos soñando.

Las cuatro cabezas se alzaron a un tiempo y emitieron aquel horrible sonido. Squibbs se dio cuenta de que, en realidad, eran cuatro gargantas las que lanzaban los sonidos, cada uno detrás del anterior y de distinto tono. El conjunto resultaba torturador para los oídos.

El monstruo se había detenido un instante. Luego, de pronto, se lanzó a la carga.

—¡Corre, Mildred! —gritó el joven, a la vez que agarraba la mano de la muchacha.

Pero Squibbs, aterrado, se dio cuenta de que la huida resultaría inútil. El monstruo iba a alcanzarles en contados segundos.

Corrieron desesperadamente, pero eran muy lentos en comparación con la bestia. De pronto, Squibbs volvió la cabeza y se dio cuenta de que una de las bocas del monstruo se abría para atraparles.

La formidable dentadura se cerró con horripilante chasquido.

¡Y no ocurrió nada!

El monstruo, lanzado a una velocidad que no era inferior a los cien kilómetros por hora, pasó a través de la pareja y continuó su enloquecida carrera. Squibbs pudo ver una de sus patazas caer sobre él y posarse en el suelo, justo en el lugar en que se hallaba, sin que le sucediera nada.

Mildred no se sentía menos atónita.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué no nos ha causado ningún daño?

Squibbs empezó a pensar en Varno y sus perseguidores. Habían pasado a través de un coche. ¿No estaban ellos en las mismas condiciones?

De pronto, se oyeron unos espantosos gritos de la bestia.

—Parece que tiene miedo —observó él.

—¿Miedo? ¿Una bestia de semejante tamaño? —se asombró Mildred.

El monstruo, en su carga, había dejado un espantoso rastro, abriendo ancha calle en la vegetación. Ahora volvía y, aunque estaba a más de un kilómetro de distancia, se le veía correr con mayor velocidad que antes, si era posible.

Sonaban infinidad de chillidos. Squibbs vio numerosos puntitos que saltaban y se agitaban incesantemente en torno a la bestia. El animal se acercó y entonces pudieron ver que era atacado por un

colosal enjambre de bestezuelas semejantes a ardillas terrestres, pero al revés de éstas, nada tímidas y sí increíblemente feroces.

Los flancos del gigante estaban cubiertos de sangre. Miles y miles de animalillos pululaban sobre su gigantesco corpachón, mientras una enorme cantidad seguía fieramente la carrera del monstruo. Una de las cabezas, ya sin vida, pendía inerte y se bamboleaba a compás de los movimientos de la marcha.

El monstruo empezó a flanquear. Más animales treparon por su cuerpo, mordiendo con indescriptible voracidad. En menos de un minuto, la gigantesca bestia se desplomó al suelo, arrojando caños de sangre por miles y miles de heridas.

Sonaba un agudo zumbido, procedente de decenas de miles de diminutas gargantas. A lo lejos se divisaba una densísima columna de aquellos animalillos, que avanzaba como un torrente incontenible, devastándolo todo a su paso.

El monstruo desapareció bajo aquella masa de animales que se apelotonaban sobre su cuerpo. El chasquido de miles de mandíbulas resultaba aterrador.

Un cuarto de hora más tarde. Squibbs y Mildred pudieron contemplar el esqueleto de la bestia, completamente mondo. La manada de ardillas carnívoras reemprendió la marcha, con el sonoro repiqueteo de sus mortíferas mandíbulas.

Las bestezuelas pasaron a través de las piernas de la pareja. Sin duda, el instinto les hacía presentir que aquellos seres no podían ser atacados y no efectuaron el menor movimiento ofensivo. Minutos más tarde. Mildred y el joven quedaban solos, en compañía del colosal esqueleto de la bestia.

—Tony, ¿qué vamos a hacer? —gimió la muchacha.

Squibbs apretó los labios.

—No sé lo que sucede —dijo—. Estamos y no estamos en Skalmador, suponiendo que éste sea el nombre del planeta. Y me parece…

De pronto vio algo que llamó su atención.

—Aguarda, voy a hacer una prueba —exclamó.

A pocos pasos de distancia, se veía un árbol semejante a un manzano terrestre, colmado de fruto, Se acercó al árbol, alargó la

mano y quiso coger una manzana.

La mano pasó a través del fruto.

—Es lo que nos faltaba —gruñó—. Acabaremos muriéndonos de hambre...

—¿No podremos regresar, Tony? —dijo ella, muy afligida.

Squibbs se concentró en sí mismo, tratando de recordar lo que había sucedido en el momento en que inició el viaje involuntariamente.

—Ven —dijo de pronto.

Ella se le acercó. Squibbs tenía el círculo en las manos.

—Agárrame por la cintura, Mildred.

La joven obedeció. Squibbs fijó la vista en el círculo.

«Queremos regresar a la Tierra», pensó con toda la potencia de su voluntad.

El disco permaneció inmóvil, sin el menor reflejo en su pulida superficie. Squibbs creía que ya no iba a conseguir nada, cuando, de repente, lo vio ensancharse.

Acentuó la intensidad de su deseo mental. Mildred apretó aún más la presión de sus brazos, situada en su costado derecho.

Inesperadamente, se oyeron unos gritos en las inmediaciones.

El disco había alcanzado ya varios metros de diámetro. Squibbs alzó la vista un instante.

Dos hombres corrían hacia ellos. Aunque sólo los había visto una vez, Squibbs los reconoció en el acto.

—Los skalmoraditas —dijo.

Y en el mismo instante, se sintió envuelto en un rugiente torbellino en que se hallaban desapareció de sus retinas.

La voz de Mildred resonó alegremente en sus oídos:

—¡Hemos, vuelto a la Tierra!

CAPÍTULO IV

Rheingold le llamó al día siguiente.

—Squibbs, ¿qué me contesta usted?

La respuesta del joven encerraba una cortés firmeza.

—Lo siento mucho. Dígale a su excelencia que le deseo toda clase de aciertos en su cargo y que espero traiga al país la prosperidad y la paz que todos anhelamos, pero no estoy dispuesto para intervenir en política.

—Es una decisión irrefutable, supongo —dijo Rheingold.

—Supone bien, Carl. Lo lamento y agradezco la deferencia, pero no puedo aceptar.

—Al presidente le disgustará, pero no tendrá otro remedio que aceptar su respuesta. Gracias, Squibbs.

—A usted, Rheingold.

A continuación, Squibbs llamó a su secretaria y le entregó un sustancioso cheque.

—Disculpe, Margaret, pero he dejado el negocio. No conteste a ninguna llamada y, hágame el favor, envíe una nota a los periódicos, anunciando el cierre de la agencia.

—Sí, señor.

Después, Squibbs utilizó el videófono.

El rostro de Mildred apareció muy pronto en pantalla.

—Quiero invitarte a dar un paseo por la orilla del mar —dijo el joven.

—Tienes algo que decirme, me imagino.

—En cierto modo. ¿Puedo pasar a buscarte?

—Claro. Estaré aguardándote en la puerta del jardín.

—Muy bien.

Squibbs recogió a la muchacha en el flamante automóvil que se había comprado, cuando las cosas empezaron a marcharle bien, y entró en la prosperidad financiera. Apenas si dijo unas breves palabras de saludo. Luego guardó silencio y Mildred, dándose cuenta de que algo preocupaba a su acompañante, no quiso atosigarle con preguntas.

Media hora después llegaron a la playa, desierta en aquellos momentos. Squibbs se apeó. Mildred lo hizo por su lado, emparejándose con el joven, que había iniciado la marcha lentamente a pocos pasos de la orilla bañada por el océano.

—Supongo —dijo él por fin—, que no habrás contadora nadie la aventura que nos sucedió en Skalmador.

—Ni soñarlo —rio Mildred—. ¿Quién nos habría creído? Además, estuvimos poco tiempo allí, ni siquiera el suficiente para que nadie se alarmase por nuestra presencia.

—Es cierto. Mildred, puedo decirte que las cosas me han rodado muy bien desde que Varno me vendió el disco. Estaba desesperado, sin trabajo y poco menos que en la ruina. Casi de repente, empecé a ganar dinero y conseguí fama y reputación. Pero no era nada que me hubiese ganado por mí mismo, con mi propio esfuerzo.

—Creo que te entiendo. No estás a gusto debiendo lo que tienes a... otro ser.

—Exacto. Y, además, tengo miedo.

—¿Miedo? —se sorprendió ella.

—Sí. Presiento que el disco podría hacerme llegar a alturas inimaginables. Podría conseguir la celebridad absoluta, poder, dinero... Llegaría a la cúspide: incluso, y no me tomes por loco, acabaría adueñándome del planeta. Y no quiero que eso pueda sucederme algún día.

—Sí, es cierto —admitió Mildred.

—Resultaría terrible que un día me convirtiese en un tirano, en el dueño y señor de miles de millones de vidas humanas, amo de todos sus bienes y haciendas, inapelable dictador del menor de los actos... No, no lo deseo en absoluto y sé que si el disco continúa en mi poder, lo conseguiré aunque no lo quiera.

—Entonces, ¿qué es lo que vas a hacer? —preguntó la muchacha.

—Esto.

Squibbs se sacó la cadena de la que pendía el medallón y corrió hacia unas rocas cercanas, que se adentraban en el mar y alcanzaban ocho o diez metros de altura. Mildred, adivinando sus intenciones, permaneció inmóvil.

El medallón empezó a girar sobre la cabeza del joven. Squibbs movía el brazo en círculos, acelerando gradualmente la cadencia. De pronto, soltó la cadena.

El disco partió disparado, ligeramente hacia arriba, describió una centelleante parábola y acabó por hundirse en el mar, casi a cien metros de distancia, tras un ligero chispazo que provocó la erupción de numerosas gotitas de agua. Squibbs presenció el hundimiento y regresó junto a Mildred.

—No sabes lo aliviado que me siento —dijo. Agarró la mano de la muchacha—. Te invito a cenar.

Mildred sonrió deliciosamente.

—Te has librado de tu amo —manifestó.

—Sí, era mi amo —convino él—. Pero ahora soy un ser libre. Bien, ¿qué me contestas de la invitación?

—¿Me permites que pague el champaña para celebrarlo?

—¡Acepto encantado!

Con las manos juntas, alegres y optimistas, corrieron a lo largo de la playa, hacia el lugar donde había quedado el coche. Antes de abrir la portezuela, Squibbs lanzó una mirada hacia el océano.

El sol se hundía tras el horizonte. Pero no era un disco rojo, como habitualmente. Tal vez era su imaginación, pero le pareció que estaba viendo aquel disco mágico nuevamente.

La visión duró contados segundos, porque el sol se ocultó al fin tras la raya del horizonte. Lanzó y entró en el coche.

* * *

Después de cenar, acompañó a Mildred a su casa. Charlaron unos momentos en la entrada del jardín y luego él regresó a su coche.

Accionó el contacto. Apenas había recorrido unos treinta metros, oyó una voz a sus espaldas:

—Doble por la primera calle a la derecha, señor Squibbs El joven se estremeció.

—¿Está armado? —preguntó.

—Sí.

—Skalmadoritas, ¿eh?

—¿Cómo lo ha adivinado?

Squibbs lanzó una risita.

—Nos hemos tropezado en los últimos tiempos —contestó.

Otra voz sonó a continuación:

—Será mejor que nos dejemos de tonterías. ¿Dónde está?

—¿Dónde está qué? —preguntó Squibbs, fingiendo ignorancia.

—No se haga el tonto. Demasiado sabe a qué me refiero…

—Calma, Zobbo —dijo el otro—. Las prisas son siempre perjudiciales. Ya conseguiremos lo que deseamos, no te preocupes.

—Lo veo muy difícil —manifestó Squibbs.

—¿Por qué?

—He tirado el disco al mar. Esta tarde.

Hubo un momento de silencio. Luego, Zobbo lanzó un aullido:

—¡Miente!

—Digo la verdad, pero si no me cree…

—Tenemos medios para saber si es sincero o nos engaña —dijo el otro.

—¿De veras? Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Korth. Es suficiente.

—Gracias. Llámeme Tony, ¿quiere?

—Si. Tony, ¿se da cuenta de que tiene algo que no pertenece?

—¿Ah, sí? Varno me lo vendió. Fijó el precio, yo acepté, pagué y la cosa pasó a mi poder. Es así de sencillo en la Tierra.

—Varno le vendió algo que no era suyo —dijo Zobbo hoscamente.

—¿Por qué no le reclaman a él? ¿Eh?

—Usted tiene el disco. En todo caso, nosotros le paremos el precio que abonó en el momento de la compra.

A Squibbs se le ocurrió de repente una idea.

—¿Diez millones?

Korth saltó en el asiento posterior.

—¡Imposible! —gritó.

—¿Por qué? Varno me habló de las innumerables ventajas que podía concederme el disco y yo decidí correr el riesgo. Le pagué los diez millones y...

—No me haga reír. Usted no llevaba encima tanto dinero.

—Claro que no. Pero Varno vino al día siguiente y le di un cheque. Así completamos la operación.

Squibbs buscaba desesperadamente la forma de burlar a aquellos dos tipos. Zobbo pareció presentir sus intenciones y movió la mano derecha, en la que tenía una especie de lápiz, cuya boca despidió un leve destello blanco.

—No intente escapar —prohibió.

—Descuide —contestó el joven.

Las ideas de una fuga desaparecieron en el acto de su mente.

* * *

Media hora más tarde se encontró sentado en un cómodo sillón, en una estancia apenas amueblada y frente a una mesa sobre la que había un extraño aparato, semejante a un proyector de cine.

El objetivo era muy parecido, pero tenía delante una especie de hélice hecha de una sustancia translúcida, muy semejante a la del disco. En la parte posterior tenía una caja, como las de habanos juntos, sin relieve ni detalles que permitiesen suponer remotamente su objeto.

Zobbo ató al joven con sendas correas, sujetándole brazos y

piernas al sillón que, observó Squibbs, estaba firmemente sujeto al suelo. El otro se hallaba tras el proyector.

—Tony, lo siento, pero vamos a penetrar en su mente —dijo Korth.

—Para saber si soy un embustero o digo la verdad.

—Exactamente.

—Por suerte para usted, no quedarán secuelas en su cerebro —gruñó Zobbo.

—Querría convertirme en un vegetal viviente, ¿eh, especie de mal bicho?

Zobbo levantó la mano, pero Korth le contuvo con una áspera orden:

—¡Quieto! El prisionero debe ser tratado con la debida consideración. No estamos facultados para causarle daños innecesarios y no se ha resistido violentamente, de modo que… quietecitas las manos.

—Gracias, Korth; es usted un buen bicho —rio Squibbs.

—Guarde silencio, por favor —rogó Korth.

Las luces de la estancia se acentuaron. Squibbs vio que la hélice situada ante el proyector se ponía en movimiento. Un segundo más tarde, captó una luz que se dirigía hacia su rostro.

El resplandor, sin embargo, no era dañino para la vista. La hélice aceleró su cadencia de giro, convirtiéndose en un disco irisado que, por una curiosa sensación óptica, parecía absolutamente inmóvil.

Treinta segundos más tarde, se encendió un proyector lateral. Unas imágenes aparecieron en la pared, a la derecha de Squibbs, pero también hacia adelante, de modo que podía contemplarlas con sólo un leve giro de su cabeza.

Squibbs se vio a sí mismo paseando por la playa, con la mano de Mildred en la suya. Luego echó a correr, alcanzó las rocas y tiró el disco al mar.

Con gran asombro suyo, la proyección no terminó en este punto, sino que se vio al disco que entraba en el agua y que empezaba a hundirse hacia las profundidades del océano, oscilando graciosamente

a un lado y otro. Al fin, se posó en un fondo limoso, en donde quedó, refulgiendo como una joya de incomparable belleza.

Pero un segundo después, el disco pareció transformara en una chispa de indescriptible brillo, como si estallase en millones de fragmentos microscópicos. Y desapareció.

—¡Ya no está allí! —rugió Zobbo.

Korth desconectó el proyector.

—Ha estallado —dijo Squibbs, que conservaba el conocimiento.

—¡No! —rechazó Zobbo la sugerencia.

—¿Por qué no? A veces, aunque no con frecuencia, clara, las piedras de grandes dimensiones, estallan y se convierten en polvo, al producirse un exceso de tensión molecular. Al disco ha podido sucederle lo mismo, ya que era una gema...

—No era una gema —contradijo Korth—. ¿Es que no lo comprende? *¡Era un ser vivo!*

Squibbs abrió la boca, estupefacto por la respuesta. Aunque, se dijo, aquellas palabras venían a confinar las sospechas concebidas tiempo atrás.

—Y ahora no sabe dónde está —exclamó.

—No, pero lo encontraremos...

Era Zobbo el que hablaba y su voz se transformó de súbito en un grito de inmenso terror.

Algo rugió en el interior de la estancia, como si, de repente, se encontrasen todos, en camino de un gigantesco huracán. Zobbo chilló, a la vez que era arrastrado por una fuerza colosal, invisible, a la que no podía oponer a menor resistencia.

El sillón en que se hallaba sentado Squibbs crujió ominosamente, impulsado, por aquel pavoroso vendaval. De pronto, vio que Zobbo volaba, con los brazos y las piernas extendidos, arrancado literalmente del suelo.

El sujeto se estrelló con tremenda violencia contra la pared, convirtiéndose en una sangrienta silueta, prácticamente plana. La sangre corrió en espesos regueros por el suelo.

Korth fue lanzado hacia la puerta, que se rompió con tremendo

estallido, al impacto de su cuerpo. Luego, igualmente arrastrado por el huracán, desapareció de la vista del joven.

El sillón resistió un poco, pero acabó por volcar, haciéndose pedazos. Y, casi en el mismo instante, cesó el bramido y se detuvo aquel insólito tornado.

Squibbs sacudió la cabeza. Destrozado el sillón, pudo liberarse en pocos instantes. Luego, tambaleándose, salió de la casa.

La otra puerta se hallaba igualmente destrozada. De Korth no había el menor rastro.

Su coche estaba en el lugar donde lo había dejado a la llegada. Le costó un poco orientarse, pero un cuarto de hora más tarde había encontrado el camino de regreso.

Cuando llegó a su casa, pensó en una botella de whisky. Abrió la puerta y detuvo la mano con la que iba a accionar el interruptor de la luz.

Había un extraño resplandor en la sala. Squibbs adivinó en el acto el origen de la luz.

El disco relucía, con ligeras oscilaciones de intensidad lumínica, situado sobre la mesa. Squibbs notó una placentera sensación que invadía su espíritu, pero luchó contra aquel sentimiento.

—No, no te quiero —dijo.

Y agarró la botella.

CAPÍTULO V

El zumbador del videófono acabó por taladrar las brumas que aún ocupaban su mente. Tambaleándose, a tropezones con los muebles, llegó a la sala y dio el contacto.

—¡Tony! ¿Estabas aún en la cama? —se sorprendió Mildred, al verle en pijama.

Squibbs se pasó una mano por los ojos.

—Disculpa... Anoche... me tomé unas cuantas copas de más...

Mildred, disgustada, arrugó su naricilla.

—¿Eres aficionado al alcohol?

—No... Mildred, necesito tu hombro...

—¿Qué dices? ¿Todavía te dura la borrachera?

—No, mujer... Es que... tengo que echarme a llorar y necesito un hombro de confianza para apoyarme...

—Pero ¿qué te ocurre? ¿Por qué no hablas claro de una vez?

—El disco ha vuelto —sollozó Squibbs.

—Tony, métete en la ducha, bebe un litro de café y tómate un par de aspirinas.

Squibbs alargó la mano, asió la cadena y colocó el disco delante del objetivo del videófono. Mildred lanzó un grito de asombro.

—Increíble —dijo—. ¡Pero si yo misma vi cómo lo arrojabas al mar!

—Es un ser vivo, Mildred.

—¿Cómo lo sabes?

—Anoche, después de dejarte, me secuestraron los tipos que perseguían a Varno...

Squibbs explicó lo sucedido. Cuando terminó de hablar, la muchacha mostró su asombro.

—Entonces, no vas a poder deshacerte de él —dijo.

—Oh, sí, creo que tengo una idea. Pero primero voy a seguir tu consejo. Nos veremos más tarde, Mildred.

—Llámame pronto. Tony.

El joven cortó la comunicación. Fue al baño y se metió bajo el chorro de agua fría. Media hora más tarde, notablemente mejorado, volvió a la sala.

El disco continuaba allí, inmóvil, despidiendo brillos perlinos, con matices irisados, muy tenues, de indescriptible belleza. Squibbs se sentó frente a la mesita y apoyó las manos: en las rodillas, a la vez que fijaba la mirada en aquel círculo que parecía una joya.

Procuró concentrarse.

—¿Quién eres? —preguntó.

Las ondas cromáticas se produjeron en la superficie del disco con mayor intensidad.

—¿Te gustaría saberlo?

Squibbs procuró dominar el gesto sobresaltado que le había causado aquella voz al sonar en el interior de su cerebro.

—Sí, me gustaría saberlo —contestó,

—Deseo ayudarte. Tú eres mi dueño:

—¿Por qué soy tu dueño?

—Me compraste.

—Vayamos por partes. Varno quería venderte. Yo no acepté de una forma clásica. Él te metió en mi bolsillo, sacó algo de dinero y luego echó a correr. No se puede afirmar de un modo rotundo que te haya comprado.

—La transacción quedó cerrada. Ahora te pertenezco.

—¿Y si yo no quisiera?

—Eso es imposible. Soy tuyo,

Squibbs miró con desconfianza el disco.

—¿Tienes nombre?

—Dworo.

—Eres un ser viviente... ¿Todos en tu mundo son como tú?

—Seria largo de explicar. No quedamos muchos de mi especie. Pero ¿acaso estás descontento de mí?

—No es por lo que he conseguido, sino por lo que pudiera conseguir, aun en contra de mí voluntad. Hablando francamente, Dworo: te temo.

—Puedo darte...

—No sigas, no quiero nada de lo que puedas darme tú, ¿Sabes lo que sucedería si te dejase hacer?

—Dímelo, por favor. A pesar de todas mis facultades, no soy un ser que lo puede todo.

—Entonces —dijo Squibbs—, no puedes, por ejemplo, penetrar en mi pensamiento.

—No, a menos que tú lo permitas, como ahora. Pero ibas a decirme otra cosa...

—Ah, sí. Si te dejase hacer, te convertirías en mi dueño y me obligarías a realizar cosas en contra de mi voluntad.

—No me pidas nada. Deja que la vida siga su curso. Fuiste tú el que se lanzó a adivinar las cosas que les pasaban a los otros.

Squibbs reflexionó sobre aquella respuesta.

—No te pediré nada… pero ¿seguirás conmigo?

—Sí. Lo repito, eres mi dueño.

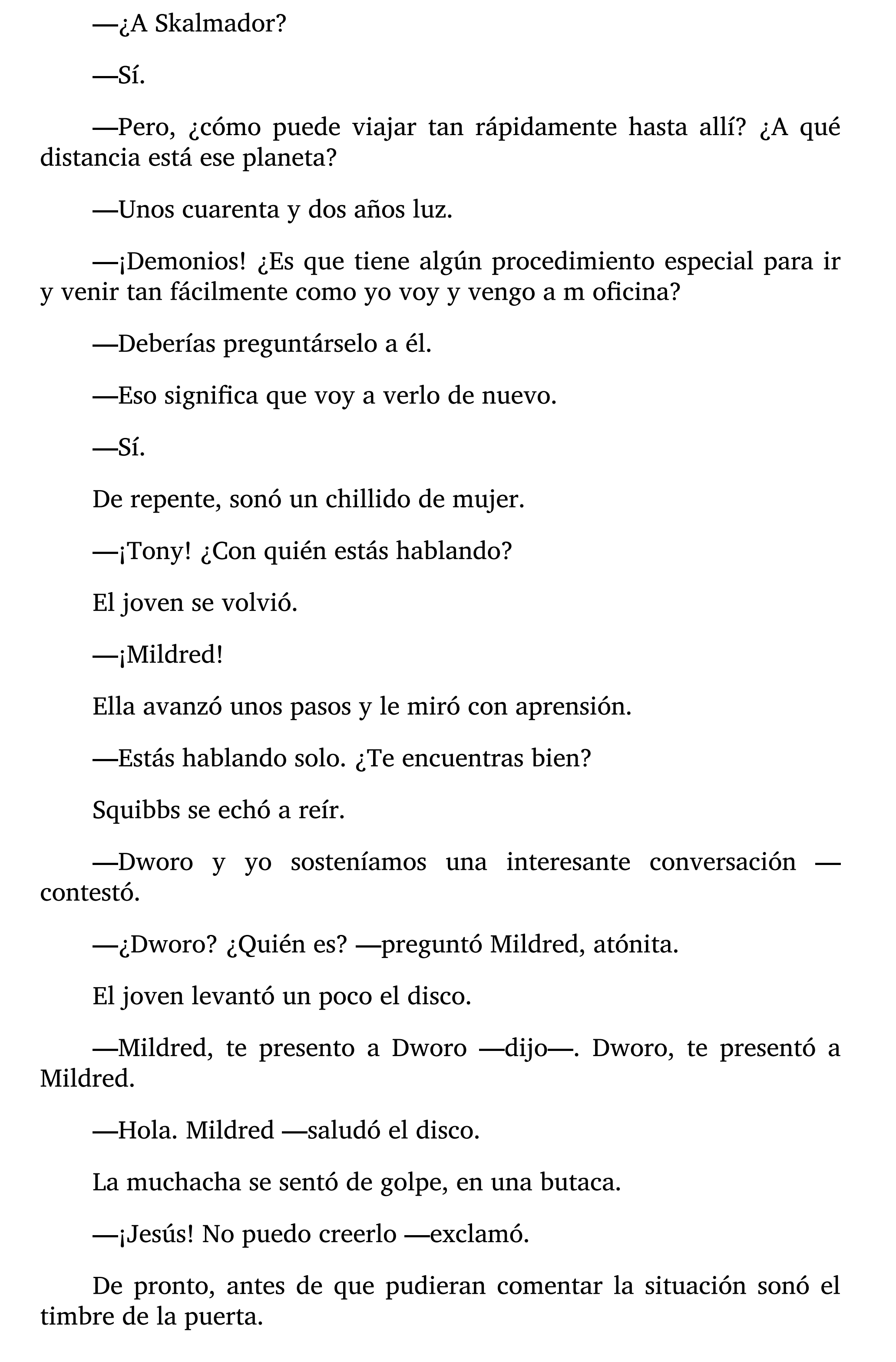
Squibbs guardó silencio durante unos momentos. Luego, obedeciendo a un impulso repentino, volvió a colgarse el disco, mediante la cadena.

—Dworo, dime, ¿qué querían aquellos dos hombres que me secuestraron? —preguntó.

—Están buscándome. Desean apoderarse de mí.

—Bueno, algo sucedió y parece que salieron malparados...

—Uno murió, en efecto, pero el otro volverá y no solo. Te conviene estar prevenido. Korth ha ido en busca de ayuda.



—¿A Skalmador?

—Sí.

—Pero, ¿cómo puede viajar tan rápidamente hasta allí? ¿A qué distancia está ese planeta?

—Unos cuarenta y dos años luz.

—¡Demonios! ¿Es que tiene algún procedimiento especial para ir y venir tan fácilmente como yo voy y vengo a m oficina?

—Deberías preguntárselo a él.

—Eso significa que voy a verlo de nuevo.

—Sí.

De repente, sonó un chillido de mujer.

—¡Tony! ¿Con quién estás hablando?

El joven se volvió.

—¡Mildred!

Ella avanzó unos pasos y le miró con aprensión.

—Estás hablando solo. ¿Te encuentras bien?

Squibbs se echó a reír.

—Dworo y yo sosteníamos una interesante conversación —contestó.

—¿Dworo? ¿Quién es? —preguntó Mildred, atónita.

El joven levantó un poco el disco.

—Mildred, te presento a Dworo —dijo—. Dworo, te presentó a Mildred.

—Hola. Mildred —saludó el disco.

La muchacha se sentó de golpe, en una butaca.

—¡Jesús! No puedo creerlo —exclamó.

De pronto, antes de que pudieran comentar la situación sonó el timbre de la puerta.

—Perdona —dijo él. Y cruzó la sala para abrir. Mientras lo hacía oculto el disco bajo la camisa.

* * *

Al abrir, divisó a tres sujetos en el umbral. Todos vestían elegantemente, pero más el que parecía dirigir el pequeño grupo, un hombre de mediana estatura, muy fornido, con cejas que parecían cepillos y ojos duros y penetrantes. En la mano izquierda, apreció Squibbs, tenía un par de anillos con sendas piedras que valían pequeñas fortunas.

La cara del sujeto le pareció conocida. Antes de que pudiera decir nada, el hombre empezó a hablar:

—¿Es usted Tony Squibbs? Yo soy Lark Glawson. Quizá haya oído mi nombre, señor Squibbs.

El joven asintió, a la vez que tragaba saliva. Sí, había oído el nombre y no precisamente como el de un filántropo.

—¿En qué puedo servirle, señor Glawson? —preguntó.

—Verá... Me he enterado de que es usted consejero personal...

—Lo siento, he cerrado mí negocio.

—No para mí. Squibbs.

La voz de Glawson se había tornado repentinamente fría. Squibbs empezó a sentir miedo.

El sujeto se había presentado a sí mismo, pero no había dicho los nombres de los dos tipos que le acompañaban. Eran sus guardaespaldas, capaces de todo, «incluso, si se lo ordenase, me morderían como perros», pensó Squibbs.

Decidió contemporizar.

—Bueno, siempre hay excepciones... Pero, pase, pasen...

Volvió la mirada. Mildred no estaba en la sala, por lo que se felicitó. La chica había juzgado conveniente desaparecer.

Glawson y sus acólitos cruzaron el umbral y se sentaron en el diván.

—Hable —invitó el joven.

—He seguido su carrera de cerca, aunque usted no se lo crea —dijo Glawson—. Quiero que sea mi consejero privado, con un sueldo de cinco mil dólares semanales. Sólo trabajará para mí, ¿entendido?

Squibbs parpadeó, asombrado.

—Supongo que no puedo negarme —murmuró.

—La alternativa a mi propuesta es un ataúd.

—Oh, caramba —sonrió el joven—. Siendo así, ¿quién se resiste? Diga, diga: ¿qué es lo que quiere de mí?

—Sabe adivinar el porvenir. Es una especie de mago…

—Pero ¿quién se lo ha dicho?

Glawson sonrió.

—Hace unas semanas, vino a visitarle un conocido. Usted le predijo algo que parecía imposible y acertó. No le diré el nombre… Bien, el caso es que lo sé. Y quiero sus consejos

—Está bien —se resignó el joven.

—Pasado mañana se celebra el «Grand Tourbillon» en Santa Anita. El primer premio es de quinientos mil dólares. Yo tengo un caballo y quiero que gane.

—Bueno, no puedo meterme en él pellejo del bicho

—Seguro. La fama de Glawson es horrenda. El me conoce, por eso me escondí antes de que me viera.

—Mildred, si es como dices, no se comprende que haya venido a consultarme,

—Es muy supersticioso. Habrá querido confirmar su «éxito» anticipadamente.

—¿Ganará? —preguntó Glawson.

Squibbs se puso las manos en la frente.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—«Rigel».

El joven simuló concentrarse.

—Sí, ganará.

Glawson se volvió hacia uno de sus secuaces.

—Manny, llama a Stallino y apuesta doscientos de los grandes —dijo sonriendo satisfecho, y añadió—: Voy a ganar casi un millón, Tony.

—Le felicito —contestó Squibbs.

Glawson sacó un enorme fajo de billetes, separó cinco y los puso en manos del joven.

—Su salario de la primera semana —indicó.

Manny hablaba por videófono. Al cabo de unos segundo: se volvió hacia Glawson.

—Hecha la apuesta, jefe —informó.

—Oiga —exclamó Squibbs—, tengo entendido que el propietario de un caballo no puede apostar...

—Otro lo hace por mí —sonrió Glawson, a la vez que se ponía en pie.

Mildred apareció a los pocos instantes.

—Lo he oído todo —dijo.

—No he podido negarme —contestó él tristemente.

—¿De veras ganará «Rigel»? Es un penco indecente…

Squibbs respingó.

—¿Cómo lo sabes?

—Era de papá. Teníamos cuadra, pero lo dejó, porque le proporcionaba demasiados quebraderos de cabeza. «Rigel» no ganaría a un potro recién nacido y sólo con tres patas

—Entonces, piensa hacer trampa...

Squibbs miró los cinco billetes que el hampón le había puesto en la mano.

—Voy a darle un disgusto —dijo.

—¿Cómo, Tony?

—¿Dónde podría encontrar la lista de los caballos que van a correr pasado mañana?

—Si quieres venir conmigo…

—Claro. Dworo ¿me ayudarás?

—Sí —contestó el disco.

El joven sonrió.

—No se hable más —exclamó—. Vamos en busca de esa lista, encanto.

Cuando salían de la casa, Mildred hizo una observación:

—Parece que has desistido de la idea de deshacerte de Dworo.

—Sólo he aplazado el momento. Pero lo haré, un día u otro. Y, además me conviene.

—¿Por qué?

—Korth volverá y no solo.

—Será preciso que tengas cuidado.

—Lo tendré.

A mediodía almorzaron en un restaurante. Mildred había conseguido una lista de los caballos que iban a competir, en la que figuraban también los nombres de los propietarios y de los jinetes. Después, acompañó a la muchacha a su casa. Ella le hizo pasar y el joven charló un buen rato con la señora Pawton, quien se mostró extraordinariamente amable y acogedora. Cuando Squibbs se hubo marchado, la señora Pawnton hizo una observación a su hija:

—Es un joven de todas prendas, querida. El hombre ideal para ser tu esposo.

—Pero, mamá, si es pobre…

—¿Crees que eso nos importaría algo? El caso es que sea decente y trabajador.

Mildred sonrió. Había obtenido la respuesta que esperaba.

Pero, se dijo, tendría que aguardar todavía un poco. No había llegado el tiempo de poner las cartas sobre la mesa.

Mientras, Squibbs regresaba a su casa. Colocó la lista de caballos sobre la mesa y se concentró en aquella serie de nombres.

—Te necesito, Dworo —dijo.

—Soy tu humilde servidor —respondió el disco.

CAPÍTULO VI

Mildred estaba encantadora, con un traje amarillo pálido y gran pamela del mismo color. El atuendo, ligero y deliberadamente anticuado, le prestaba un encanto singular.

Era el blanco de todas las miradas. Squibbs se sentía orgulloso de la mano que se apoyaba en su brazo, allí en la atestada tribuna del hipódromo.

Ya se habían celebrado varias carreras, que habían pasado sin pena ni gloria. El número fuerte era el «Grand Tourbillon», con su premio de quinientos mil dólares, lo que había motivado un enorme incremento en las apuestas, que alcanzaban cifras altísimas.

«Rigel» era, seguramente, el caballo menos solicitado. Las apuestas estaban ocho a uno en su contra. Si ganaba, pensó Squibbs, Glawson, que había apostado doscientos mil dólares, se embolsaría más de millón y medio, sin contar con el premio. Una bonita jugada, se dijo el joven.

Los caballos desfilaron y luego fueron conducidos a los cajones de salida automática. La especulación era enorme.

El juez de salida dio la señal. Once caballos partieron disparados, en medio de un tremendo clamor. Cien mil gargantas gritaban al unísono.

Los favoritos empezaron a destacarse. «Rigel» marchaba bien, pero su tranco no podía compararse con el de los demás caballos. A los pocos segundos había quedado claramente rezagado.

Squibbs buscó a Glawson con los prismáticos. El rostro del sujeto aparecía de todos los colores. No sólo iba a perder el premio, sino los doscientos mil dólares de la apuesta, calculó que estaría pensando en aquellos instantes.

De repente, empezaron a ocurrir cosas.

Los caballos que marchaban en cabeza, flaquearon. Su velocidad disminuyó ostensiblemente.

Dos cayeron sucesivamente, pero se levantaron. Un poco más adelante, otro cayó y se quedó quieto.

FJ resto de los caballos continuó galopando, pero parecía que se movieran a cámara lenta. «Rigel», en cambio, continuó su veloz marcha, hasta pasar la meta con cuarenta metros de ventaja sobre el segundo.

Hubo un momento de silencio. Squibbs tocó el brazo de Mildred.

—Será mejor que nos evaporemos —propuso.

La muchacha asintió. En aquel instante estalló el griterío

Un tropel de policías corrió hacia Glawson y sus acólitos. Por suerte para el hampón pudieron llegar antes que los defraudados apostadores.

Squibbs y Mildred oyeron las noticias en un restaurante, a gran distancia del Hipódromo.

Glawson había sido acusado formalmente de drogar a los demás caballos. También se había averiguado la apuesta hecha en favor del suyo. Un juez, tras la primera acusación, había decretado su prisión sin fianza.

El *Club de Propietarios de Caballos de Carreras* había votado unánimemente la expulsión de Glawson. Además, el *Club* se constituiría en parte acusadora y demandaría daños y perjuicios al autor de la trampa. El comentarista auguró penas de prisión contra Glawson y sus secuaces, y finalizó diciendo que, por fin, se había hecho una «limpieza» a fondo en las carreras.

—¿Cómo lo hiciste, Tony? —quiso saber Mildred, mirándole desde el otro lado de mesa, con los codos apoyados en ésta y la barbilla en sus manos entrelazadas.

El joven sonrió.

—Dworo me ayudó. «Infiltré» en las mentes de los propietarios la idea de propinar una droga narcótica a sus caballos, en una dosis muy suave, no perjudicial. Claro que algunos de los animales resistieron peor los efectos y cayeron, pero se recuperarán, sin secuelas perniciosas.

—Pero pueden recordarlo…

—No recordarán jamás nada —aseguró Squibbs.

—Tony, para conseguir evitar una trampa, hiciste trampa tú también —acusó Mildred.

—Pero he acabado con las trampas, ¿no crees?

—Sí, eso es cierto. Y Glawson se lo merecía. Sin embargo...

—¿Qué, Mildred?

—Me das miedo, Tony.

Squibbs saltó en su asiento.

—¡Mildred!

—Puedes convertirte en un ser omnipotente. El exceso de poder podría corromperte. Creerías en todo momento que tu obligación consistía en arreglar el mundo y no pararías de actuar en un sentido u otro. Inevitablemente, llegarla el momento en que te habrías convertido en un tirano. Lo que a ti te pareciese justo, otros pensarían que no lo era. ¿Comprendes lo que quiero decirte?

El joven asintió gravemente.

—Te comprendo a la perfección —respondió—. Y ya he encontrado solución al problema.

Hizo una corta pausa y añadió:

—En esta ocasión no me quedó otro remedio que actuar. Tenía que hacerlo así, para que Glawson quedase definitivamente fuera de la circulación. Pero no te preocupes. Repito que he encontrado la solución.

—¿Puedes decirme cuál es?

—Tendrás que aguardar un par de días. Mientras tanto, dime una cosa: ¿Puedes recomendarme a tu padre para que me dé un empleo?

Mildred sonrió.

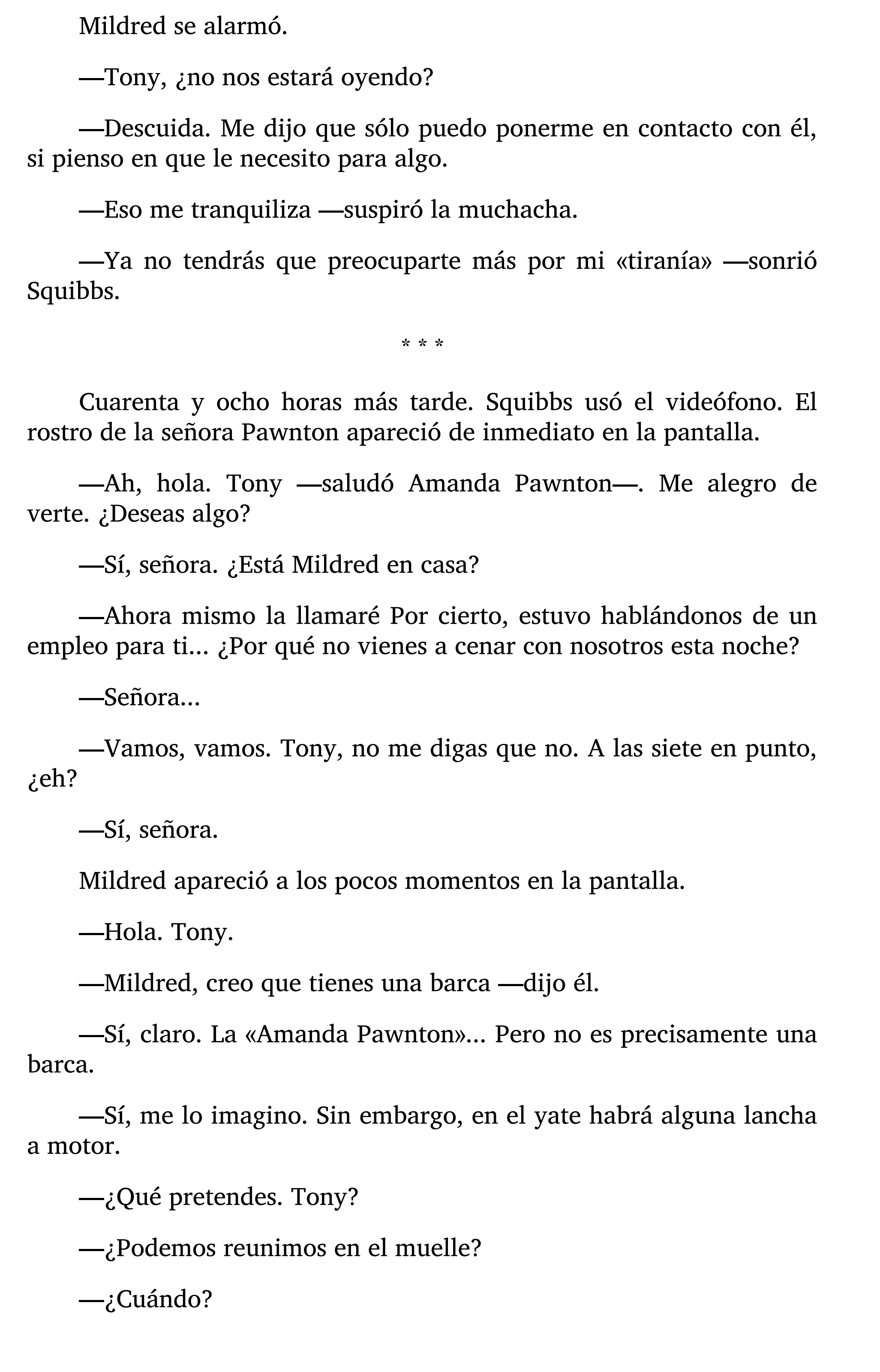
—Creo que sí —contestó.

—Sé leer, escribir, las cuatro reglas de matemáticas, algo de geografía e historia... Me conformo con un puesto de escribiente.

Ella puso una mano sobre la del joven.

—Eres demasiado modesto. Hablaré con papá esta misma noche —prometió—. Pero deshazte de Dworo.

—Sólo tardaré el tiempo justo en preparar... el embalaje —contestó él sibilinamente.



Mildred se alarmó.

—Tony, ¿no nos estará oyendo?

—Descuida. Me dijo que sólo puedo ponerme en contacto con él, si pienso en que le necesito para algo.

—Eso me tranquiliza —suspiró la muchacha.

—Ya no tendrás que preocuparte más por mi «tiranía» —sonrió Squibbs.

* * *

Cuarenta y ocho horas más tarde. Squibbs usó el videófono. El rostro de la señora Pawnton apareció de inmediato en la pantalla.

—Ah, hola. Tony —saludó Amanda Pawnton—. Me alegro de verte. ¿Deseas algo?

—Sí, señora. ¿Está Mildred en casa?

—Ahora mismo la llamaré Por cierto, estuvo hablándonos de un empleo para ti... ¿Por qué no vienes a cenar con nosotros esta noche?

—Señora...

—Vamos, vamos. Tony, no me digas que no. A las siete en punto, ¿eh?

—Sí, señora.

Mildred apareció a los pocos momentos en la pantalla.

—Hola. Tony.

—Mildred, creo que tienes una barca —dijo él.

—Sí, claro. La «Amanda Pawnton»... Pero no es precisamente una barca.

—Sí, me lo imagino. Sin embargo, en el yate habrá alguna lancha a motor.

—¿Qué pretendes. Tony?

—¿Podemos reunimos en el muelle?

—¿Cuándo?

—Salgo ahora mismo. Mildred.

—De acuerdo.

La lancha había sido descolgada de los pescantes del yate. Squibbs llegó al muelle, portador de una pesada bolsa de lona, que apenas podía transportar con las dos manos. Un marinero tuvo que ayudarle a descender la bolsa a la embarcación, que ya tenía el motor en marcha.

—Vamos, Mildred —dijo

Mildred pilotaba la canoa, que se despegó inmediatamente del muelle.

—Tony, ¿cuál es el rumbo? —preguntó a gritos.

—Alta mar, doscientos treinta y cinco grados.

—Muy bien.

La lancha era grande y potente. Momentos después navegaba a treinta nudos, levantando grandes chorros de espuma a ambos lados de la proa.

—Mildred, ¿para cuánto hay combustible? —gritó Squibbs.

—Podemos navegar todo el día, a veinte nudos, sin problemas. La barca lleva depósitos suplementarios. Hice poner algo de comida y bebida, por si la excursión duraba más de lo previsto.

—Sana precaución —rio él—. ¿Sabes?, tu madre quiere que cene con vosotros.

—¿Qué le has contestado, Tony?

—Mujer, sólo podía decir sí.

Ella se volvió y le dirigió una cálida sonrisa.

—Tony, celebro haberte conocido —dijo—. Creo que el suceso más feliz de mi vida se produjo el día en que nos vimos por primera vez.

—Estabas preciosa, en el césped, sobre las flores... ¿Sabes?, no he tenido tiempo de aprender a pintar...

Ella rio, dichosa.

—Habrá tiempo —contestó.

Mildred redujo un tanto la velocidad, debido a la ligera marejadilla que había. Squibbs, sentado en la popa, consultaba de cuando en cuando una carta náutica que había llevado consigo, alternando con frecuentes miradas a la brújula.

Un par de horas más tarde, exclamó:

—¡Paren máquinas!

Mildred quitó gas.

—¡Máquinas paradas, señor!

Squibbs sonrió. Luego señaló el océano.

—Según la carta náutica, estamos en un punto donde hay casi dos mil brazas de profundidad, esto es, más de tres mil quinientos metros.

—Adivino lo que vas a hacer —dijo ella.

—Si.

Squibbs abrió la bolsa. Mildred se acercó y pudo ver un bloque de color gris, mate, de forma cúbica y de unos treinta centímetros de lado.

—Dworo está en el interior —explicó él sucintamente.

—Entiendo —murmuró la joven.

—Usé plomo, porque sospecho que Dworo emite cierta especie de radiaciones, no nocivas, claro, pero que le permiten influir en mi mente, aunque asegure que soy su amo. El plomo, espeso, anulará esas radiaciones y lo mantendrá sujeto en el fondo del mar, por los siglos de los siglos.

—Amén —dijo Mildred.

Con gran esfuerzo, Squibbs acercó el bloque a la borda. Empujó con las dos manos y el plomo y su contenido se sumergieron en el océano.

—Adiós, Dworo.

Las aguas recobraron su aspecto normal casi instantáneamente. El joven se volvió, sonriendo.

—Mildred, antes dijiste algo de comida y bebida.

—Sí. Tony.

Comieron un par de bocadillos cada uno, regados con cerveza. Al terminar, se dispusieron a emprender el regreso.

—Me siento mejor que nunca —dijo él.

Mildred oprimió su mano cariñosamente.

—Y yo soy muy feliz —declaró.

Callaron un momento, mirándose a los ojos. Luego, Squibbs dijo:

—Creo que es hora de regresar.

—Sí, Tony.

Mildred se dispuso a dar el contacto. Antes de que pudiera poner el motor en marcha, se oyó un sordo estruendo que procedía de las profundidades del océano.

El agua se agitó, como sacudida por un violento temporal. Millones de burbujas subieron a la superficie.

—¡Aprisa, aprisa! —gritó el joven.

Mildred hizo girar la llave de contacto, pero el motor permaneció silencioso.

—¡Tony! —chilló—. ¡El motor no arranca!

—¡Inténtalo de nuevo! —aconsejó Squibbs.

La agitación de las aguas crecía por instantes. Enormes remolinos se producían bajo la superficie. Squibbs pensó en algún monstruo marino, despertado de su sueño secular, por alguna razón desconocida. ¿O lo hacía Dworo?

Repentinamente, con un colosal alboroto de espumas, algo surgió a la superficie.

CAPÍTULO VII

Mildred y Squibbs contemplaron estupefactos la cúpula trasparente que había emergido a menos de medio cable de distancia. Era enorme y la parte que se veía fuera de las aguas no medía menos de cincuenta metros de altura sobre el nivel del mar, por un diámetro apropiado. Allí había mucho menos de la mitad de una esfera, calculó Squibbs.

A juzgar por lo que tenía a la vista, sólo asomaba fuera del agua una sexta parte del total. ¿De dónde había llegado aquel colosal artefacto?, se preguntó.

Vagas historias sobre estaciones extraterrestres, sumergidas en los océanos, acudieron a su memoria. Siempre había creído que se trataba de fantasías, pero ahora tenía la prueba ante sus ojos. ¿O eran los amigos de Korth, suceso vaticinado por Dworo?

Mildred se agarró a él con ambas manos.

—¡Tony! ¿Qué es eso? —gimió, asustada.

Squibbs saltó de nuevo hacia el cuadro de mandos. El amperímetro, observó, no daba señal de carga.

Algo inutilizaba la energía de la embarcación. ¿Lo hacían los misteriosos habitantes de la esfera?

De pronto. Mildred lanzó un grito:

—¡Tony! ¡Se acerca!

El movimiento de la esfera, aunque lento, era claramente perceptible. Squibbs contuvo una maldición.

—Creí que era una idea maravillosa —dijo—. Es el peor error que he podido cometer.

—No te lo reproches; hiciste lo que creías era bueno.

La esfera se hallaba ya a pocos, pasos de distancia. De repente, algo surgió de uno de sus costados.

Era como un brazo gigantesco, de forma cilíndrica, transparente, que se acercó a la lancha con notable rapidez. Mildred se apretujó más contra el joven.

El tubo llegó junto a la lancha. Una especie de compuerta se abrió en su extremo.

Una voz resonó en las mentes de los dos jóvenes al mismo tiempo:

—Entren.

Mildred volvió los ojos hacia Squibbs.

—Temo que no nos queda más remedio que obedecer —dijo él.

—Si no lo hacen, les hundiremos la lancha —habló la voz misteriosa nuevamente.

Sosteniendo a Mildred por la cintura, Squibbs echó a andar. Entraron en el tubo y caminaron por el suelo, blando y firme al mismo instante, la transparencia del tubo desapareció y dejaron de ver a su través.

Avanzaron una veintena de pasos. De pronto, oyeron una orden:

—¡Deténganse!

Los dos jóvenes obedecieron. En el mismo instante, el suelo se hundió bajo sus pies.

—No teman —dijo el desconocido—. Están en un ascensor que les lleva directamente al puesto de mando.

El ascensor se detuvo a los pocos momentos. Una puerta se deslizó a un lado. Dos hombres, ataviados con unos monos de color verdoso, con escamas simuladas cómo ornamento, aparecieron ante la pareja.

—Síganlos —dijo la voz.

Con las manos juntas. Mildred y Squibbs caminaron a lo largo de un pasillo de paredes transparentes. Mudos de asombro, contemplaron el interior de aquella asombrosa nave esférica, cuyo diámetro no bajaba de los seiscientos metros.

Había terrazas, escaleras, habitáculos… Por el interior de la esfera se movían numerosas personas de ambos sexos, dedicadas a trabajos que no se sentían capaces de imaginar. Tanto Squibbs como Mildred adquirieron en aquel instante la convicción de que se hallaban en una nave extraterrestre,

—¿Skalmadorita? —murmuró él.

—¿Cómo lo ha adivinado? —preguntó la voz.

—Bah, listo que es uno —dijo Squibbs., que había decidido asumir el papel de un hombre que estaba ya de vuelta de todo.

—Sí, procedemos de Skalmador. Pero ahora hablaremos con más detenimiento.

Los guardianes se detuvieron ante una puerta, que se deslizó a un lado silenciosamente.

—Entren —dijo el desconocido.

Mildred y Squibbs franquearon el umbral y se encontraron en una vasta estancia, con los muros transparentes en gran parte, y decorada con extrema sencillez, aunque con un estilo completamente nuevo para los cautivos.

Había un hombre en pie, tras una mesa, que consistía en un simple tablero de cristal oscuro, que flotaba en el aire, sostenido por unos hilos absolutamente invisibles. Detrás del sujeto se veía un cómodo sillón, hecho de la misma sustancia. Más allá, la pared transparente permitía ver el océano.

El hombre, vestido con una sencilla túnica, de manga corta, que llegaba poco más abajo de sus caderas, movió levemente una mano,

—Soy Repphorl, la persona a la que ustedes llamarían comandante de esta nave —se presentó—. Siéntense, por favor.

Dos sillones emergieron del suelo liso. Squibbs y la muchacha tomaron asiento. Los sillones parecían de cristal, pero eran blandos y cómodos.

De pronto, Squibbs notó que la luz disminuía un tanto. Inmediatamente, comprendió las causas.

—¡Nos sumergimos! —exclamó.

Repphorl sonrió.

—En efecto, nos sumergimos —corroboró.

Repphorl se sentó y juntó las manos, apoyando los codos sobre la mesa. Tendría unos cuarenta años, calculó Squibbs, y parecía cortés y acogedor, pero también supo que podía ser duro e implacable, si las circunstancias lo requerían.

—Caballero, señorita —dijo el hombre—, lamento mucho la

situación en que se encuentran, pero, créanme, no hemos tenido otro remedio que actuar de ésta forma. En efecto, procedemos de Skalmador, aunque no tenemos relación con otros nativos de aquel planeta, a los que ya conocen ustedes. Todo lo contrario, somos enemigos encarnizados.

—Parece que la guerra no es un término exclusivo de la Tierra —observó Squibbs.

—Lamentablemente, así es —confirmó Repphorl—. Aunque no se pueda hablar estrictamente de un estado de guerra, la situación es muy parecida.

—Sí, pero ¿qué tiene eso que ver con nosotros? —exclamó Mildred con gran vehemencia—. Somos neutrales en su conflicto...

—No lo crean —contradijo Repphorl—. Me explicaré. Estamos buscando a Dworo. Y ustedes saben quién es.

—Lo sabemos, pero no está con nosotros —respondió Squibbs.

—Tendremos que confirmarlo. Quizá ignoren algunas peculiaridades de Dworo, nombre que por otra parte, se aplica a todos los de su raza.

—Ah, no es el único.

—No. Desgraciadamente, la raza de los Dworo está en vías de extinción. Quedan escasísimos ejemplares y los sobrevivientes se esconden y huyen de nosotros desesperadamente.

»En tiempos, fueron una raza poderosísima, pero luego degeneraron y perdieron su forma primitiva, hasta convertirse en el disco que ustedes ya conocen. Ahora bien, lo que no perdieron de ninguna manera fue su potencia mental y su capacidad de clarividencia y adivinación del porvenir.

»El Dworo que llegó a este planeta es el primero que se ha podido localizar en muchísimos cientos de años —siguió Repphorl su explicación—. Ignoramos dónde están los otros, pero sí sabemos que hay uno en este planeta y... que ustedes lo poseen.

—Eso no es cierto —dijo Squibbs.

Impasible, Repphorl continuó:

—Un Dworo puede esconderse de los humanos, tanto terrestres como skalmadoritas, pero si un humano logra poseerlo, el Dworo le

dará cuanto le pida. ¿Lo entienden ahora?

—Sí. Ustedes quieren poder...

—Para dominar Skalmador por completo.

Hubo un instante de silencio. De pronto, Mildred lanzó un grito:

—¡Tony, mira! ¡Una ballena!

A través del muro de cristal, se veía un colosal cetáceo que se acercaba lentamente a la esfera. Repphorl sonrió.

—No teman, los animales marinos no pueden nada contra esta nave. Los vemos continuamente y...

La ballena movió la cola y emprendió un rápido ascenso hacia la superficie.

—Bien, prosigamos —dijo Repphorl—. Habíamos quedado en que ustedes tienen el Dworo,

—No —contestó Squibbs.

—¿Por qué miente?

—Lo arrojé al mar, dentro de una caja de plomo, sellada.

Hubo un instante de silencio. Los ojos de Repphorl despidieron chispas de cólera.

—¿Qué le impulsó a hacer una cosa semejante? —exclamó al fin.

—Verá... En parte, tiene usted razón. Dworo puede darme poder, pero, a la larga, yo sería el esclavo y él mi amo, y ésa es una perspectiva que no me gusta. El plomo impedirá cualquier reacción psíquica suya, de modo que permanecerá en el fondo del océano para siempre.

Repphorl se mordió los labios.

—Adivino que dice la verdad —murmuró.

—No miento, se lo aseguro.

—Muy bien, pero no se ha perdido todo. Tenemos medios sobrados para localizar el punto donde pudo sumergirse el bloque de plomo.

El sujeto movió la mano derecha. Un trozó de la pared que había

a su izquierda se hizo primero opaca y luego brilló con numerosos puntos de luz, de todos los colores, que aparecían y desaparecían rápidamente.

Los prisioneros oyeron unos extraños sonidos, que no se parecían a ningún idioma terrestre, Luego, la pantalla desapareció y volvió el silencio.

Repphorl sonrió.

—He dado orden para que nuestros detectores localicen la caja de plomo —explicó.

—Bien, pero, ¿qué hará después con nosotros? —quiso saber el joven.

—No teman, los dejaremos ir libres. Es Dworo quien nos interesa y no ustedes.

—Estoy pensando... Quizá, una vez tengan a Dworo, quieran conquistar la Tierra —intervino Mildred.

Repphorl se echó a reír.

—Eso es algo que está completamente descartado en nuestras intenciones —contestó—. Es Skalmador el que nos interesa y no ustedes.

—Bien, en tal caso, empiecen a buscar en el fondo del mar —dijo Squibbs fríamente.

—Lo haremos, descuide.

Sobrevino otro silencio. De pronto, se notó una ligerísima trepidación.

—Hemos tocado fondo —anuncio Repphorl.

* * *

Squibbs tendió la mirada al otro lado del cristal. Una negrura infinita reinaba en el fondo del océano, a tres mil quinientos metros de profundidad, solamente interrumpida en muy contadas ocasiones por el paso de algún pez, dotado de órganos luminosos. Al choque de la esfera con el limo del fondo, se había producido un ligero enturbiamiento de las aguas, pero el fenómeno duró muy poco tiempo.

La pantalla se iluminó de nuevo. Repphorl dio una orden:

—A partir de este momento, comuníquese conmigo en el idioma de los terrestres, para que ellos puedan entender todo lo que hablamos.

—Sí, comandante —respondió alguien.

Unas luces muy potentes se vieron de pronto en el exterior. Los cautivos divisaron unas pequeñas navecillas que se movían muy despacio, a pocos centímetros del suelo. Alumbrándose con potentes focos en la búsqueda del bloque en el que Dworo estaba encerrado.

Squibbs contuvo el aliento. Aquellos pequeños submarinos estarían dotados de perfectísimos detectores, que les permitirían localizar la caja de plomo en un plazo relativamente breve. De pronto, sintió lástima por Dworo.

Iba a ser utilizado por unos tipos sin escrúpulos, al objeto de conseguir el dominio de un planeta. Instaurarían una tiranía y someterían a todos los skalmadoritas a un régimen de opresión y terror sin límites.

Pero no podía hacer nada para evitarlo. Alargó una mano y asió la de Mildred. Ella se volvió para mirarle.

—Estoy contigo, Tony.

Una voz de tonos muy excitados sonó repentinamente en el interior de la cámara:

—¡Comandante, hemos localizado la caja!

Repphorl se puso en pie, como impulsado por un resorte.

—Llévenla a la exclusa número seis —ordenó.

—Bien, señor.

Repphorl se dirigió hacia la puerta.

—Sigan aquí —dijo—. Comprobará que Dworo está en esa caja. Después los conduciré de nuevo a la superficie.

El hombre salió y Squibbs y la muchacha quedaron solos.

—Oh, Tony, ¿qué haremos ahora? —exclamó Mildred afligidamente.

Squibbs no pudo contestar. De súbito, percibió una voz en el interior de su cerebro:

—Tony, toma a la mujer y camina.

CAPÍTULO VIII

El joven se puso en pie.

—¿Eres Dworo? —preguntó.

—Sí. Haz lo que te digo.

—Está bien.

Squibbs tiró de la mano de Mildred. Ella le miraba asombrada.

—Dworo me ha dado órdenes de salir de aquí —dijo él.

—Pero, ¿adonde?

—No lo sé. Ya nos indicará el camino.

Mildred se dejó llevar. La puerta se deslizó a un lado, cuando llegaban frente a ella. Luego salieron a un amplio corredor, que parecía suspendido en el espacio.

—A la derecha —ordenó Dworo.

Squibbs tomó una rampa, de suave pendiente, que conducía a una especie de plataforma, en la que había numerosas puertas circulares. Siguió andando, y de pronto, oyó de nuevo la «voz» de Dworo.

—Aquí, Tony.

Squibbs avanzó un paso. La puerta frente a la cual se habían detenido, se dividió en dos mitades, horizontales, que se separaron, para dejarles paso. Al cruzar el umbral, vieron dos sillas, con correas, situadas sobre una plataforma casi cúbica.

—Debéis ocupar esos sillones —dijo Dworo—. En cada brazo derecho hay una tecla roja. Apriétala e indícaselo así a tu acompañante.

—Sí, pero, ¿qué va a pasar?

La «voz» de Dworo tenía ahora tonos imperativos:

—¡Haz lo que te digo inmediatamente!

Squibbs empujó a la muchacha.

—Vamos, siéntate, pronto.

Mildred obedeció en el acto. Apretó el botón rojo y las correas del asiento se ciñeron inmediatamente a su cuerpo.

Squibbs hizo lo mismo. Segundos más tarde, algo brotó del pedestal en que se hallaban los sillones.

Una esfera transparente se formó en torno a la pareja. Squibbs pudo apreciar que se trataba de una sustancia que se solidificaba al contacto con el aire y que tenía un extraordinario grosor.

Repentinamente, se oyó un distante estruendo.

Algo hizo volar la esfera, con su pedestal. Sonaron unos timbres de alarma, pero su estridente chirrido se apagó bien pronto.

Squibbs y la muchacha se sintieron lanzados dentro de aquel proyectil, arrastrados como plumas. Algunas de las luces de la gran nave empezaron a apagarse.

Delante de ellos, por un boquete abierto de forma totalmente insospechada, irrumpieron las aguas del océano. Squibbs vio a hombres y mujeres que corrían desoladamente en busca de refugio. Se preguntó qué especie de proyectil había causado aquel orificio.

Un horrísono estruendo hirió sus tímpanos. Otro agujero se abrió más lejos y el agua penetró con potencia indescriptible, a más de trescientas cincuenta atmósferas de presión. La esfera en que se hallaban resultó violentamente zarandeada por las sacudidas que amenazaban con destruir la nave.

Repentinamente se oyó un espantoso ruido.

La burbuja salió disparada oblicuamente y hacia arriba. Ahora ya apenas quedaban luces encendidas en la esfera mayor. Pero la parte más alta se había hundido en una extensión de más de trescientos metros cuadrados y una colosal catarata de agua caía sobre el interior, destrozando cuanto encontraba a su paso.

El espectáculo de los hombres y mujeres que luchaban por salvar su vida era horripilante. Squibbs se dio cuenta de que ninguno lo iba a conseguir.

Al fin, se apagó la última lámpara y todo quedó sumido en una profundísima oscuridad. Pero entonces. Squibbs y la muchacha se sintieron irresistiblemente empujados hacia arriba.

—¡Subimos! —gritó Mildred.

—Sí.

Estaban en una burbuja, capaz de resistir presiones elevadísimas, merced a su cáscara resistente. Pero al pesar menos que el volumen del agua desalojada, tendía a subir por una ley natural inapelable.

La velocidad de ascenso se acentuó, aunque la burbuja oscilaba a veces con cierta violencia. Squibbs se sintió maravillado de los adelantos técnicos de algunos skalmadoritas. En la Tierra, aunque se había llegado ya a los puntos más profundos de los océanos, no habían sabido construir nada tan sencillo y, al mismo tiempo, tan eficaz.

Durante unos interminables minutos continuaron subiendo con creciente velocidad. De repente, Squibbs, que miraba casi constantemente hacia arriba, lanzó una exclamación:

—Veo luz. Estamos llegando a la superficie.

Los últimos metros fueron cubiertos en escasos segundos. Como disparados por un gigantesco obús atravesaron las últimas capas de agua y saltaron a gran altura, por la misma inercia del movimiento ascensional. Luego, la burbuja volvió a caer al mar y, tras unas violentas oscilaciones, recobró la estabilidad, únicamente alterada por el ligero oleaje que reinaba en aquella zona.

Squibbs y Mildred se miraron, como si no estuvieran todavía seguros de haber salido con vida de aquella increíble aventura. Luego, ella hizo una pregunta, lógica en tales circunstancias:

—Y ahora, ¿qué hacemos, Tony?

Squibbs señaló con la mano un punto determinado:

—Mira, ahí está tu canoa —dijo.

—Pero no podemos salir de aquí…

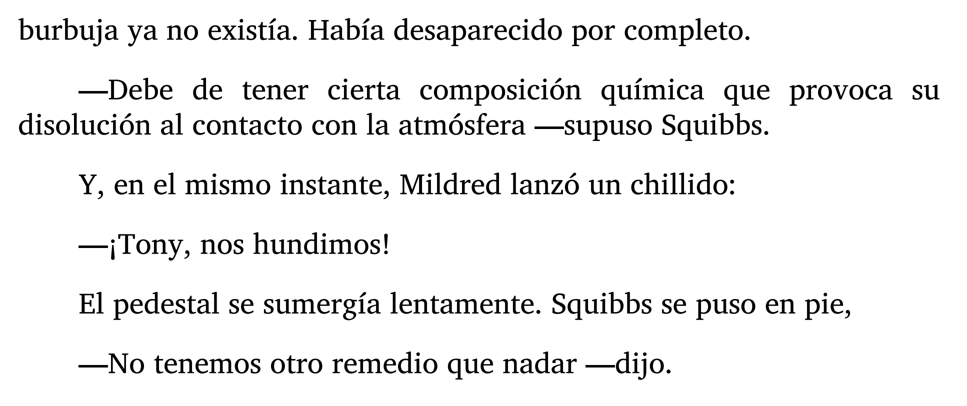
De pronto notaron un soplo de aire fresco.

—Eh, la burbuja se disuelve —dijo el joven.

Tanteó en el brazo del sillón y halló una tecla verde, que apretó en el acto.

Las correas de seguridad se soltaron instantáneamente.

Mildred hizo lo mismo. La sustancia que había compuesto la



burbuja ya no existía. Había desaparecido por completo.

—Debe de tener cierta composición química que provoca su disolución al contacto con la atmósfera —supuso Squibbs.

Y, en el mismo instante, Mildred lanzó un chillido:

—¡Tony, nos hundimos!

El pedestal se sumergía lentamente. Squibbs se puso en pie,

—No tenemos otro remedio que nadar —dijo.

Y se lanzó al agua sin esperar más.

Llegó a la lancha el primero, trepó a bordo y se inclinó para ayudar a que Mildred subiera también. Ella, desmadejada, se dejó caer sobre uno de los asientos de la popa.

—Tony, debemos de ser almas gemelas —dijo.

Squibbs estaba buscando en un pequeñito armarito y se echó a reír.

—¿Por qué lo dices? —exclamó.

—Hemos soñado lo mismo. Lo que ha pasado no puede ser cierto. Ha sido un sueño…

Squibbs le entregó un vasito de metal, lleno de coñac.

—No ha sido un sueño; aunque la parezca —contestó. Miró a su alrededor; el mar estaba mucho más tranquilo que a la llegada, casi liso, resplandeciente como una gema bajo el sol de media tarde—. Abajo ha ocurrido una gran tragedia y nadie sino nosotros se ha enterado —añadió.

—Ni se enterarán, porque no lo diremos —exclamó Mildred—. ¿Quién nos creería?

—Es cierto. Cientos de personas han muerto allá abajo…

—¿Por qué, Tony?

—Mildred, juraría que Dworo tiene mucho que ver con todo lo ocurrido.

—¿Lo crees así?

Squibbs lanzó una sarcástica carcajada.

—No diremos nada, para no alarmar a la gente, que nos creerían locos. Tu madre ha tenido la amabilidad de invitarme a cenar y he aceptado encantado. Apuesto algo bueno a que, cuando regrese a mi casa, me encuentro allí a Dworo.

Mildred asintió. Estaba convencida de que el joven había hecho un vaticinio que se cumpliría irremisiblemente.

Squibbs puso en marcha el motor, con la palanca en punto muerto. Dio gas, hizo girar el volante y la motora emprendió la ruta de regreso al muelle.

* * *

Entraron en la casa de puntillas, como si temieran despertar a algún durmiente. En las tinieblas, relucía el disco perlino, de nuevo sobre la mesa, lanzando de cuando en cuando leves destellos irisados.

Squibbs encendió la luz.

—Lo predije —murmuró.

Mildred se sentó en el diván, con la vista fija en el disco.

—Vas a hablar con él —dijo.

—Sí. Y ahora mismo.

—Si pudiera escuchar lo que él dice...

—Me oirás —aseguró Dworo.

Mildred respingó.

—¡Tony! ¡Me ha hablado!

—Bien, eso es una ventaja —sonrió el joven, a la vez que se sentaba en el diván—. Dworo, ¿podemos tener una conversación en serio?

—Claro. Adelante, habla todo lo que gustes.

—Lo oigo muy bien —terció Mildred.

—Enterado —dijo Squibbs—. Dworo, ¿has sido tú el que ha destruido la esfera de Repphorl?

—Os avisé para que pudierais salvaros, ¿no?

—Y te lo agradecemos muy sinceramente. ¿Cómo lo hiciste?

—Simplemente, me lancé contra la nave de Repphorl con la envoltura que me habías fabricado.

—Como un proyectil,

—Sí. Lo hice varias veces, apenas «vi» que estabais a salvo, en una de las burbujas salvavidas.

—Dworo, ¿te das cuenta de que, por tu acción, han muerto centenares de personas?

—Si no lo hubiera hecho habrían muerto millones, ciento de millones…

—¿Cómo puedes afirmar una cosa semejante? —se indignó la muchacha.

—Tony sabe bien que puedo predecir el futuro.

—Es cierto —concordó Squibbs—. Pero, ¿esas vidas que se hubieran perdido, serían terrestres o skalmadoritas?

—Skalmadoritas. Repphorl y los suyos quieren conquistar el planeta.

—Y necesitan un Dworo.

—Claro.

Squibbs apretó los dientes.

—Tengo que decirte una cosa. Dworo. ¿Sabes que te ha convertido en una obsesión para mí?

—¿Por qué? —El disco pareció sorprenderse.

—Te agradezco infinito lo que has hecho en mi favor. Conseguí fama y bastante dinero. Me he visto en apuros y me has salvado la vida, y lo mismo hiciste con Mildred. Pero no te quiero más a mi lado. Tienes que dejarme, ¿lo comprendes?

—No puedo. Tony.

—Explícame el porqué, Dworo.

—Me compraste. Soy tuyo.

—Entonces, te venderé al primero que me encuentre por la calle —dijo el joven rabiosamente.

—Puedes hacerlo, no te lo impediré. Pero, ¿cómo puedes estar seguro de lo que hará la persona a quien me vendas? ¿No sentirá la tentación de convertirse en un hombre poderoso y sin escrúpulos?

—Hay muchos...

—El sería el único en la Tierra. O ella, sí me vendieses a una mujer, tanto da.

—De modo que debes obedecer las órdenes que te dé tu dueño.

—Sí.

Mildred soltó una amarga risita.

—Eso me recuerda las historias de hombres pobres y de genios que salían de una redoma con el sello de Salomón —dijo—. El hombre mísero se convertía en un acaudalado personaje...

—Sí, hay mucha similitud con lo que me está pasando, excepto por una cosa. Mildred —contestó el joven.

—¿Qué es, Tony?

—Te lo diré luego. Dworo, si te abandono en cualquier parte, ¿volverás de nuevo a mi casa?

—Sí.

—Repphorl dijo que quedaban ya muy pocos ejemplares de tu especie.

—Es cierto.

—En alguna época fuisteis un grupo numeroso.

—Lo fuimos. Nuestro número, sin embargo, fue decreciente paulatinamente con el paso de los siglos.

—¿Por qué?

—Quisimos alcanzar una forma perfecta, apartados por completo de las necesidades materiales. Lo conseguimos, al precio de la esterilidad —Dworo parecía lamentarse, apreció el joven.

—Si te encontrases con un congénere del sexo opuesto, ¿podrías reproducirte?

—Suprimimos los sexos.

—Fue una locura —dijo Mildred.

—Los dioses enloquecen a quienes quieren perder —recitó Squibbs—. Entonces un día desaparecerá tu raza…

—Tardaremos mucho. Podemos vivir sin dificultad miles de años.

—Vivir en tu estado, por mucho poder que se tenga, no tiene nada de agradable —rezongó el joven.

—Hay opiniones —contestó Dworo.

—Sí, me lo imagino. Vaya, buenas noches. Mildred, te acompañaré a tu casa.

La muchacha comprendió que Squibbs quería decirle algo y se puso en píe. Salieron juntos y, en el jardín, él la miró fijamente.

—Tendrá que buscarme la forma de deshacerme de él —murmuró.

—Eso es lo que querías decirme —adivinó la muchacha.

—En parte sí. Pero, a pesar de todo, no me fio de Dworo.

—¿Por qué?

—No soy un hombre ambicioso y cuando estuve actuando como consejero personal, pude darme cuenta de que podía adivinar todo lo que quisiera. Cuando monté aquella trampa a Glawson, «ordené» a todos los dueños de caballos que drogasen a sus animales.

—Sí, lo recuerdo.

—En ese caso, ¿te das cuenta del inmenso poder que podría alcanzar?

Mildred se estremeció.

—Llegarías a dominar la Tierra —murmuró.

—Y Dworo estaría detrás de mí, tirando de los hilos.

—Ahora comprendo… Entonces, quieres destruirlo, Tony.

—Es un ser vivo, pero terriblemente peligroso. Tengo que hacerlo, Mildred, no hay otro remedio —contestó Squibbs gravemente.

CAPÍTULO IX

El Etna había entrado en erupción. Squibbs, haciéndose pasar por fotógrafo de prensa, alquiló un avión y voló sobre el cráter del volcán, del que salían colosales torrentes de lava ardiente.

Dworo cayó sobre el centro de aquella inmensa fuente de materias en fusión. Cuando regresó a su casa, Squibbs se lo encontró en la mesa de la sala.

Dos semanas más tarde, Squibbs lanzó el disco al fondo de una mina abandonada. Luego hizo estallar cincuenta kilos de dinamita y el pozo quedó completamente cegado.

Dworo estaba en casa, aguardándole en el lugar de costumbre.

Un mes después la NASA lanzó una sonda dirigida directamente al sol. El cohete llevaría un potentísimo escudo, que protegería los aparatos el máximo de tiempo, hasta que, inexorablemente, quedasen consumidos por el fuego devorador del sol. Pero aquella sonda enviaría inapreciables informaciones, ya que iba a ser el artefacto humano que más se aproximase al sol. Dworo viajó en la sonda.

Y volvió a casa de Squibbs.

Squibbs buscó a un ingeniero amigo, quien sometió al disco, en una máquina especial, a una presión de cincuenta mil atmósferas. Dworo repitió la operación de costumbre.

Squibbs se dijo que estaba empleando métodos demasiado sofisticados. Puso una gran olla con agua al fuego y la hizo hervir. El agua hirvió durante una semana entera, con Dworo en su interior.

Otro día le aplicó una corriente de veinte mil voltios. Dworo salió incólume de la prueba.

Squibbs empezaba a adelgazar.

—Es indestructible —se lamentó un día, delante de Mildred.

Ella apreció las profundas ojeras que aparecían en el rostro del joven.

—Hay un remedio —dijo.

—Dímelo, por el amor de Dios...

—No le hagas caso. Déjalo en un cajón cualquiera y vive como si no existiera.

—Imposible.

—¿Por qué?

Estaban en un salón de la casa de Mildred. Squibbs agarró un periódico del día anterior y buscó las notas financieras.

—Mira, ayer leí esta sección por casualidad. Me entraron ganas de comprar acciones de la *Spounder & Lewis*, pero resistí la tentación. Hoy, esas acciones se cotizan a un veinte por ciento más que ayer.

Mildred se echó a reír.

—¡Caramba! Podrías haberle avisado a papá... —De pronto vio la expresión del rostro de Squibbs y sintió pena—. Discúlpame, Tony —rogó, arrepentida.

—No, no es cosa de broma —suspiró él—. Y aun lo de menos sería que yo tratase de aprovechas las extraordinarias facultades que poseo desde que tengo a Dworo conmigo. Lo peor es que puedo acabar siendo su esclavo, aunque llegue un día a escalar los puestos más altos, más que por su ayuda, por su decisión.

Ella se horrorizó.

—¿Crees que Dworo...?

—Estoy convencido de ello, Mildred. Y no puedo deshacerme de él.

—Pídeselo.

—Hasta de rodillas me he puesto. Dice que no puede dejarme, si no lo vendo a otra persona. Pero esto ya lo sabes. ¿Qué garantías tengo de que esa otra persona sabrá hacer un buen uso de los consejos que reciba de Dworo? Ya discutimos este asunto, me parece.

—Sí —convino ella—. De todos modos, ¿por qué no procuras olvidarlo, a! menos unas cuantas horas? Anda, vámonos de paseo; hace un día estupendo, y unas horas en el campo, respirando aire puro te sentarían bien, creo yo.

Squibbs se puso en pie.

—Me parece que tienes razón —sonrió.

Mildred tiró de su mano.

—Tony, ¿no se te ha ocurrido pensar nunca en «nuestro» porvenir? —recalcó el pronombre y le miró intensamente.

—Sí —contestó él—. Y sé cuál es, pero no te lo quiero decir hasta que no me haya deshecho de Dworo. Para tu tranquilidad, te diré que no tiene nada de malo.

—Eso me basta —rio ella—. ¿Vamos?

Cuando salieron a la calle, Mildred dijo:

—Mamá no hace más que preguntarme que cuándo vamos a casarnos. Ya no sé qué responder, Tony.

—Dile que… que tengo un trabajo muy importante entre manos y que pediré tu mano apenas me haya quedado libre. ¿Te parece bien?

—No demasiado, pero supongo que no tengo otro remedio que resignarme.

—Gracias, cariño. Mildred, si no te importa, nos pasaremos por mi Banco. Necesito algo de dinero. Luego nos iremos adonde tú quieras.

—Muy bien.

Momentos después entraban en el Banco. Squibbs se acercó a la ventanilla de pagos y entregó un cheque. En el mismo instante sonó una voz estridente:

—¡Esto es un atraco! ¡Que nadie se mueva!

* * *

Squibbs se volvió en el acto. Cuatro individuos enmascarados, todos ellos armados con pistolas ametralladoras, acababan de entrar y se dispersaban con rápidos movimientos, obedeciendo sin duda a un plan estudiado de antemano. Una mujer, asustada, chilló, y uno de los atracadores la golpeó en la cabeza con el cañón del arma.

La mujer se desplomó instantáneamente. El jefe de la banda lanzó un aullido:

—¡Todos a la pared! ¡Rápido o empezamos a disparar!

Los clientes, aterrados, cumplieron la orden. Al otro lado de los mostradores, los empleados hicieron lo mismo,

Squibbs fue el único que no se movió.

—¡Usted! —aulló el atracador—. ¿Es que no me ha oído? ¿Tiene ganas de que le llene el cuerpo de plomo?

—¿Con eso? —rio el joven—. Pero ¿no se ha dado cuenta de lo que tiene en las manos?

El ladrón le apuntó con el arma.

—Por última vez, obedezca o disparo.

—¿Con qué, amigo? ¿Con una escoba?

El atracador bajó la vista un poco y respingó, a la vez que chillaba al darse cuenta de que lo que tenía en las manos era, efectivamente, una escoba.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —gritó.

Dos de sus compinches estaban acercándose ya a la caja fuerte, con sendos sacos en las manos, Squibbs levantó el brazo izquierdo.

—¡Cuidado! —gritó—. ¡Se acercan a un nidal de serpientes!

Los bandidos llegaban a la caja y gritaron aterrados. Uno de ellos retrocedió, con el arma dispuesta para ametrallar a los reptiles.

—Debe de ser un nuevo método para proteger el dinero, pero a mí no me engañan…

—No dispare —dijo Squibbs—. ¡Se le ha torcido el cañón del arma! ¡Y usted! —se dirigió al otro—. Suelte la serpiente ahora mismo si no quiere que le muerda.

Dos metralletas cayeron al suelo instantáneamente. Pero todavía quedaba un atracador.

—¿Le gusta animar a sus compañeros con música de «jazz»? —preguntó Squibbs.

El forajido, repentinamente, se encontró con un saxofón en las manos.

—Este Banco está embrujado —gimió.

Empleados y clientes contemplaban la escena sin comprender su significado. Squibbs movió la mano.

—Dejen las armas en el suelo. Y reúnanse aquí.

Los atracadores obedecieron.

—Quietos aquí, sin moverse, hasta que yo lo ordene —añadió el joven—. A ver, el director, que llame a la policía.

—Si... sí, señor... Inmediatamente... —contestó el aludido.

Squibbs se asomó a la puerta. Como había supuesto, un quinto bandido aguardaba frente al Banco, con el motor de su coche en marcha.

—Pare el motor, amigo, y entre en el Banco —ordenó.

El sujeto obedeció sin rechistar, reuniéndose con sus compinches. Squibbs tranquilizó con un gesto a Mildred.

—No temas, saldré en seguida —sonrió.

Ya se oían sirenas policiales. Con enorme asombro de todos los presentes, los atracadores permanecían quietos, agrupados en el centro del gran vestíbulo, y las armas a sus pies.

Los policías entraron, se enteraron de lo sucedido, pidieron refuerzos y luego se llevaron a los estupefactos atracadores, que no habían podido conseguir un centavo. El director y los empleados empezaron a acosar al joven, pero éste tuvo una idea y movió la mano.

—Yo no hice nada —dijo.

Y borró de aquellas mentes todo recuerdo del suceso referente a su propia persona.

Momentos después se reunía con Mildred.

—De nuevo Dworo —dijo amargamente.

—Cuéntame, por favor —pidió la muchacha.

Cuando él hubo terminado de hablar, Mildred dijo:

—No debieras haber intervenido, Tony. El dinero estaba asegurado. ¿Qué te importaba que se llevasen unos miles o un millón?

Squibbs meneó la cabeza.

—Tuve que hacerlo. Uno de los forajidos estaba muy nervioso. «Vi» que acabaría disparando el arma y causando víctimas. No me quedó otro remedio, créeme.

Mildred se quedó muy pensativa.

—Prever el futuro puede resultar interesante, en según qué ocasión, pero cuando se puede penetrar en la mente de las personas y adivinar lo que van a hacer… Creo que debe de ser sencillamente horrible. Tony.

—Lo es —convino él sombríamente—. Y si no me deshago de Dworo acabaré volviéndome loco.

En un principio había encontrado interesante la idea dé contar con un ser poco menos que mágico, con la ayuda del cual podía ganar fama y fortuna. Ahora hubiera dado cualquier cosa por librarse de Dworo.

Y lo peor de todo era que no sabía cómo dar con el procedimiento adecuado.

* * *

Carl Rheingold le llamó un par de días más tarde.

—Tony, el presidente quiere que vayas a verle —dijo.

—¿Para qué?

—Lo siento. Hay cosas que no se pueden decir por videófono. Un coche irá a buscarte, con agentes del Servicio Secreto. Déjate llevar.

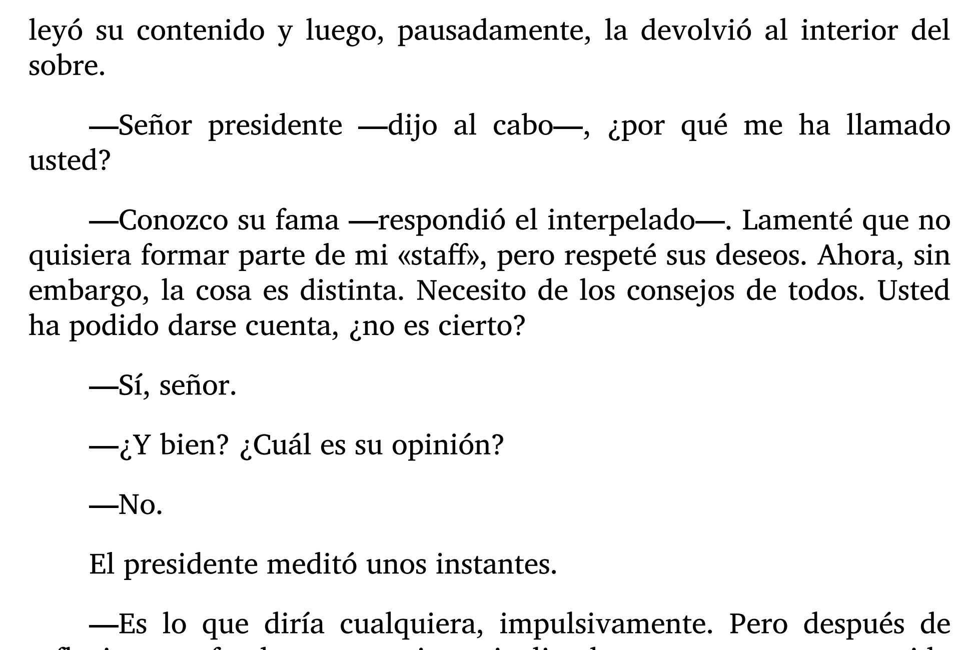
—Está bien.

Una hora más tarde, el presidente le recibía en un despacho discreto, que no parecía tener relación con la residencia oficial. Squibbs se sintió traspasado por aquellos ojos que parecían tener rayos X y que tantos éxitos habían conseguido entre los más hermosos representantes del bello sexo. Al ver en persona al presidente, comprendió la magnética fascinación que causaba en muchas de las personas que le rodeaban.

—Señor presidente…

—Señor Squibbs, necesito su Consejo —dijo el político. Señaló la mesa, sobre la que había un sobre de tamaño doble de lo normal—. Dentro hay un papel, con unas líneas escritas. Léalo y deme su opinión.

Squibbs sabía que podía haberlo leído, sin abrir el sobre, pero prefirió no hacer un alarde excesivo de sus facultades. Sacó la cartilla,



leyó su contenido y luego, pausadamente, la devolvió al interior del sobre.

—Señor presidente —dijo al cabo—, ¿por qué me ha llamado usted?

—Conozco su fama —respondió el interpelado—. Lamenté que no quisiera formar parte de mi «staff», pero respeté sus deseos. Ahora, sin embargo, la cosa es distinta. Necesito de los consejos de todos. Usted ha podido darse cuenta, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Y bien? ¿Cuál es su opinión?

—No.

El presidente meditó unos instantes.

—Es lo que diría cualquiera, impulsivamente. Pero después de reflexionar a fondo, uno se siente inclinado por contestar en sentido afirmativo.

—Lo sé, señor. Parece lo más lógico, pero debe decir que no.

—No puedo creerlo… Siempre los salvamos, los ayudamos hasta el límite de nuestras fuerzas... y ahora que Europa es sólo una nación, quieren ponernos el pie en el cuello...

—Esperan que usted diga que sí. Confían demasiado en sus propias fuerzas. Pero todo quedará en bravatas sin consecuencias, puedo asegurarlo.

—Insinuaron, claro que suavemente, algo parecido, a una invasión. Tienen cinco millones de soldados bajo, las armas. Los orientales les ayudarían con treinta o cuarenta millones más...

—Señor presidente, cuando era niño, ¿no silbó usted en la oscuridad para darse ánimos? —sonrío Squibbs.

—Sí, ciertamente.

—Ellos están silbando también.

El presidente volvió a sonreír.

Alargó la mano, tocó una tecla del interfono y dijo:

—Martin, la respuesta es no.

—Bien, señor —contestó el secretario de Estado.

La mano del presidente se tendió hacia el improvisado consejero.

—Señor Squibbs, ¿qué puedo hacer en su obsequio?

—Se lo pediré con todas las letras, y no me tache de desagradecido ni de descortés: ¡No me llame más señor!

CAPÍTULO X

—De modo que el presidente te llamó… —dijo Mildred, asombrada.

—Sí. Y entré en las mentes de todos los dirigentes europeos, y pude ver que sus amenazas eran un farol, que esperaban les diera resultado. Pero no fue así, como sabes.

Ella asintió.

—La gente está asombrada. Todo el mundo conocía la gravedad de la situación. Estábamos preparados para lo peor. Y, de repente, gracias a la firme respuesta del presidente, la crisis se deshincha como un globo pinchado. Créeme, nadie esperaba una cosa semejante.

—¿Verdad que no? —Squibbs rio amargamente—. Te lo he dicho: penetré sin dificultad, en las mentes de todos los implicados en la crisis. No me costó absolutamente nada. Fue… lo mismo que cuando las mañanas te levantas y piensas en el desayuno.

—Tony, es maravilloso y aterrador —dijo Mildred.

—Lo sé. Sin embargo, debes saber que no influí en las decisiones de los dirigentes europeos. Simplemente me limité a averiguar sus pensamientos. Ellos calculaban que nuestro presidente claudicaría.

—Ahora se han desacreditado. Tienen que dimitir. Les ha costado su carrera política.

—Sí, es verdad. Y se van a celebrar pronto nuevas elecciones. Los que pertenecen a los partidos pacifistas ganarán esta vez el combate político y el mundo entrará en una larga etapa de distensión.

—Gracias a ti, Tony.

Squibbs se acarició el mentón. Estaban sentados en la plata, viendo el ir y venir incesante de las olas.

—Mildred, ¿sabes?, sí quisiera, podría ser el próximo presidente.

—No irás a decirme que te interesa la política —se alarmó Illa.

—Podría influir en los electores… Les haría votar por mí y ganaría sin dificultad.

—¡Tony!

Squibbs sonrió tristemente.

—Pero no quiero. Y, sin embargo...

—¿Qué? —dijo ella, anhelante.

—Algo me empuja a pensar así. Es una fuerza muy poderosa... y no sé si podré resistirla.

—¡Dios mío! —Mildred se sintió llena de pánico—. Dworo se ha apoderado de ti. Tenías razón; eres su esclavo.

—Aún puedo resistir, pero preveo que llegará el día en que me resulte imposible. —Squibbs agarró la mano de la muchacha—. Por favor, Mildred, ayúdame.

Ella se mordió los labios.

—Lo malo es que nos seguiría dondequiera que fuésemos —dijo —. Y es indestructible..., pero yo no quiero que te destruya. Tony. Pensaré algo, no te desanimes. Dworo buscaba un ser fácilmente dominable y creyó encontrarlo en ti. Ahora —exclamó, con los ojos inflamados de energía—, el combate, es entre los tres: dos contra Dworo, tú y yo. Y no voy a permitir que ese maléfico ser destruya nuestra felicidad, aunque trate de concedérnosla por otro lado. ¿Me has comprendido?

—Sí, cariño.

—No sé lo que haré, pero algo conseguiré —aseguró Mildred resueltamente—. Entretanto, ¿por qué no nos olvidamos un poco de Dworo? Vamos a nadar un rato, Tony.

El mar estaba cerca y corrieron a sumergirse. Por un momento, Squibbs pensó en la posibilidad de dejarse ir al fondo y acabar así con sus preocupaciones.

Pero era una solución cobarde. Y, además, estaba Mildred.

Seguiría adelante, Dworo quería esclavizarlo y él quería ser un hombre libre.

Estaba empeñado en una lucha terrible, inadvertida para los demás, y aquel combate sólo podía terminar con la derrota de uno de los dos contendientes.

* * *

Salió de su casa para asistir a una cena en la de Mildred. No iba de buena gana. En los últimos tiempos, algo le impulsaba a penetrar en los pensamientos de otras personas.

Cada, vez que se cruzaba con alguien en la calle, «veía» claramente lo que pensaba. No hacía mucho se había cruzado con una antigua conocida. Lo que adivinó de sus pensamientos le asustó y le halagó a un tiempo.

Ella le saludó cariñosamente. Estaba casada, tenía dos niños... «Pero como te descuides, hoy te vienes a la cama conmigo, Tony»; pensó la joven.

Se había tropezado con infinidad de maleantes, que sólo deseaban despojar de sus bienes a los infelices que se cruzaban en su camino. No había intervenido una sola vez,

Conocía sin dificultad los valores de Bolsa que subirían y bajarían. No había comprado una sola acción.

Sabía dónde se podría encontrar petróleo, oro, plata, minerales valiosos... Le bastaría con una llamada, para señalar el lugar donde se podían iniciar los trabajos, pero no había querido hacerlo.

Y, sin embargo, un día acabaría por hacer lo que ahora trataba de evitar desesperadamente.

—Dworo ya no es mío: yo soy de Dworo —se dijo amargamente.

En el momento en que cerraba la puerta, notó una presencia ajena muy cerca de él. Quiso volverse, pero unas manos le colocaron algo en la cabeza.

Era un casco rígido, forrado de una tela blanda y suave, que le cubría incluso los ojos, con una muesca para la nariz. El casco se ajustaba exactamente a su cráneo, desde la base posterior de la nuca, hasta los pómulos, que quedaban completamente cubiertos.

Abrió la boca para protestar, pero alguien le arrojó un chorro de gas y notó que perdía las fuerzas rápidamente.

—Vamos, no perdamos tiempo —dijo alguien.

Fue lo último que oyó Squibbs.

Su desvanecimiento, sin embargo, no duró demasiado tiempo. Antes de una hora se dio cuenta de que le metían en un lugar cerrado. Poco después notó que el sillón en que le habían sentado le empujaba

hacia arriba.

—Estoy en un avión —murmuró maquinalmente.

—En efecto, señor Squibbs —confirmó un desconocido.

* * *

Alguien se acercó a él y juntó sus manos con tiras de esparadrapo.

—Lo siento, pero no queremos que se quite el casco —dijo el hombre.

—Beba —indicó otro, a la vez que acercaba una copa a los labios.

Squibbs notó el cálido gusto del coñac. La sensación de torpeza desapareció de su mente y de sus músculos,

—¿Y bien, caballeros? —dijo.

—Señor Squibbs, me llamo Smith —habló uno de los sujetos—. No estoy solo. Me acompañan los señores Dupont, Stracher y Olson. Todos son nombres supuestos, como puede comprender.

—Europeos —adivinó el joven.

—Justamente: Pertenecemos al SICE. No sé si habrá oído hablar de ese organismo.

—No, aunque me imagino que debe de tratarse de una organización de espías. ¿Me equivoco?

—Acierta, SICE significa Servicio de Inteligencia Coaligado Europeo. Y, sí, somos espías. O agentes secretos, como lo prefiera.

—Bien, en tal caso sólo falta que me expliquen lo que quieren de mí, señor Smith,

—Se lo diremos en pocas palabras. En primer lugar el casquete que le hemos puesto es, sencillamente, un método de protección contra su potencia mental. Está hecho de una rejilla muy fina, en dos capas, de plata pura, con una ligera aleación al diez por ciento de cobre, para darle dureza, y forrado de terciopelo a fin de evitar daños en el cuero cabelludo y otras zonas epidérmicas. Lo hemos comprobado infinidad de veces; un casquete de esas características, impide por completo las emisiones telepáticas. Y algo sabemos de eso, ¿me comprende?

Squibbs asintió.

—Siga, es muy interesante.

—Sabemos que es consejero del presidente. Oh, no nos pregunte cómo lo hemos averiguado; eso no se hace nunca —rio Smith—. Los agentes secretos no explican jamás sus métodos, salvo a personas autorizadas, y no siempre.

—No le he aconsejado más que en una ocasión...

—Pero resultó definitiva.

—Debo admitirlo. Creo que de nada serviría negar evidencia.

—Celebro su tranquilidad, señor Squibbs. Eso hará que nos entendamos mejor.

—Puede ser. ¿Qué más, señor Smith?

—Verá, el caso que le hemos puesto, no sólo anula las emisiones telepáticas, sino la potencia mental del cerebro humano. Usted, ahora, es un ser normal. Puede pensar, discurrir, razonar..., pero como lo haría cualquier otra persona. Si en estos momentos se encontrase en un Banco y entrasen unos atracadores no podría evitar el asalto.

—Ah, lo saben también —se admiró el joven.

—Le hemos investigado a fondo. Conocemos al menor de los detalles de su vida, señor Squibbs. Por eso sabemos la tremenda potencia mental que es capaz de desarrollar. Y de ahí la precaución de fabricar el casco que cubre su cabeza.

—Comprendo, ¿qué pretenden de mí?

—Sus consejos impulsaron a rechazar las pretensiones europeas. Los dirigentes europeos quedaron desacreditados y tuvieron que dimitir.

—Deberían sentirse contentos, ¿no?

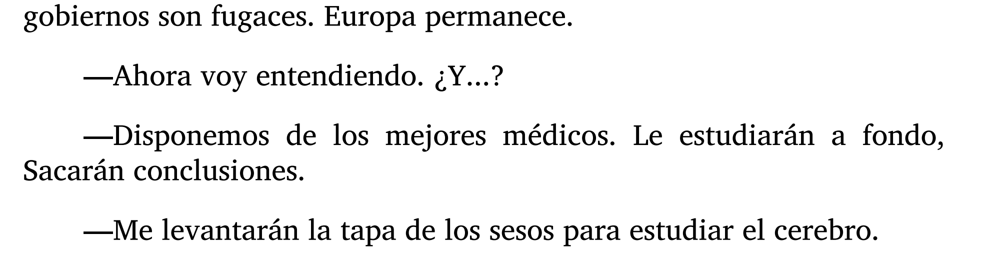
—Como hombres, sí. Como agentes, no.

—A ver, explíquese.

—A nosotros no nos importa quién mande en Europa. Nos importa Europa.

—Les importa el poder —dijo Squibbs.

—Llámelo como quiera —contestó Smith, impasible—. Los



gobiernos son fugaces. Europa permanece.

—Ahora voy entendiendo. ¿Y…?

—Disponemos de los mejores médicos. Le estudiarán a fondo, Sacarán conclusiones.

—Me levantarán la tapa de los sesos para estudiar el cerebro.

—Si es necesario, sí.

—Y tal vez me obligarán a trabajar para ustedes.

—Es posible. Sin embargo, insisto, nos interesa más estudiar sus fenomenales poderes.

—Pero ustedes no pueden saber…

—Lo hemos decidido en parte, y en parte lo sabemos, merced a las pesquisas que hemos realizado sobre su vida, a partir del momento en que decidió su carrera de consejero personal. Sin el casco sería capaz de predecir cualquier cosa, podría ordenar al piloto que diese media vuelta, podría mandarnos que nos tirásemos al mar… Y eso es lo que queremos evitar, ¿comprende?

—Señor Smith, ¿cómo sabe que el casco impedirá que emplee mi potencia mental?

—Está más que comprobado. Pero si fracasara, mis tres compañeros le apuntan con sus pistolas. No puede influir en las tres mentes al mismo tiempo. Uno de ellos le matarla. Squibbs reflexionó unos segundos.

No valía la pena resistirse. Al menos, por el momento. Los hombres que le habían capturado eran agentes de espionaje, duros, terriblemente hábiles, llenos de sagacidad. Imposible luchar contra ellos, al menos con el casco puesto

—Caballeros —dijo al cabo—, ¿debo deducir que nos hallamos a bordo de un avión?

—Un «stratojet» —puntualizó Smith—. Y está dotado de los más sofisticados medios antidetección que se conocen. Nadie nos ha visto ni ha podido localizarnos. Nadie, por tanto sabe que estamos ahora sobrevolando el Atlántico, rumbo a cuartel general de la SICE, a cinco mil kilómetros por hora y a cuarenta mil metros de altura.

—Llegaremos muy pronto —sonrió Squibbs.

—Dentro de treinta minutos—aseguró Smith.

CAPÍTULO XI

El joven calló unos instantes.

Se preguntó a qué horribles experiencias le someterían. En política, y más si era internacional, la palabra piedad no existía.

Los agentes de la SICE sabían que él había averiguado lo que pensaban los dirigentes políticos europeos. Gracias a ello, el presidente americano habla podido emitir su famosa negativa, que le había conferido un inmenso prestigio, a la vez que conjuraba la crisis.

Un hombre como él podía resultar terriblemente útil para el gobierno en la sombra que era la SICE. Los gobiernos políticos, pasaban; los otros, los qué a fin de cuentas manejaban los hilos de la trama, permanecían.

¿Podía hacer algo para evitarlo?

Intentó concentrarse, pero sintió un terrible dolor de cabeza. Era como si sus pensamientos, al intentar salir al exterior chocaran contra un muro invisible, rebotando de nuevo hacia el interior y golpeándole duramente en el centro del cerebro. Podía meditar acerca de su situación, pero no hacer esfuerzos mentales que le permitieran resolver la crítica situación en que se encontraba.

Sintióse perplejo. Smith había tenido razón. El caso resultaba terriblemente efectivo.

Repentinamente, se oyó un seco chasquido.

Parecía como si alguien hubiese lanzado una piedra contra el aparato. Casi en el mismo instante, resonó un terrible grito.

—¡Perforación!

Squibbs notó una espantosa agitación a su alrededor. Se oyó otro chasquido.

Alguien emitió un terrible alarido.

—El fuselaje está perforado.

El hombre calló inmediatamente. Un terrible estruendo acalló su voz.

Squibbs oyó un ruido de metales que se resquebrajaban y se rompían. Luego percibió una especie de explosión.

El avión había estallado. Puesto que volaba a cuarenta mil kilómetros de altura, era preciso que hubiese presión normal en la cabina. Al producirse los impactos, el metal no había podido resistirlo lo suficiente y el aparato había explotado como una bomba.

El casco le impedía ver. Notó inmediatamente la falta de aire respirable.

«Luego vendrá la descomprensión. Y el frío de las alturas», pensó, sintiéndose caer vertiginosamente.

Se resignó a lo inevitable. Había sucedido algo que parecía imposible, que sólo podía suceder una vez entre trillones: dos meteoritos habían chocado contra el aparato y...

«Adiós, Mildred.»

Descendió como una piedra. Repentinamente, se encontró en el suelo.

«Estoy soñando. Son los prolegómenos de la agonía», se dijo.

Hizo un esfuerzo y se llevó las muñecas a la boca. Mordió con fuerza y, después de varias intentonas, consiguió deshacerse de las ligaduras. Cuando tuvo las manos libres, se quitó el casco.

«Estoy soñando. No puede ser», pensó, sentado en el suelo de su propia casa.

Dworo estaba allí, encima de la mesa.

—Te he salvado la vida —dijo el disco.

—Has sido tú —adivinó Squibbs.

—Sí. No puedo consentir que sufras el menor daño. Te necesito.

A Squibbs no le extrañaba ya nada. ¿No habían sido transportados a Skalmador, en un relampagueante viaje de vuelta a cuarenta y dos años luz? Por tanto, el viaje a la estratosfera y sobre el Atlántico, era perfectamente creíble.

—Me necesitas —murmuró—. También las garrapatas necesitan de un cuerpo animal para sobrevivir.

De pronto, recordó algo.

Consultó el reloj.

—¡Cielos, estarán terminando de cenar! —exclamó.

Echó a correr hacia la puerta.

—Hablaremos luego, Dworo —gritó al salir.

—Si —contestó el disco.

* * *

Mildred se sentía profundamente deprimida.

Squibbs no había acudido a la invitación. Los comensales eran pocos, pero selectos, y ella había esperado una velada agradable, que aliviase en gran parte las preocupaciones del joven. Pero, impensadamente, Tony no había llegado.

Había llamado a su casa, sin recibir contestación. Sonriendo exteriormente, pero angustiada por dentro, se preguntó si habría ocurrido algo.

En los últimos tiempos había llegado, incluso, a tener ideas macabras por parte del joven. Si la presión continuaba, Tony era capaz de quitarse la vida...

Trató de alejar tan fúnebres pensamientos. Su padre conversaba en aquellos momentos con un joven científico, personaje relevante de una fundación benéfica, a la que el señor Pawnton contribuía con importantes donativos anuales. El nombre del científico era Trather y, al parecer, se mostraba muy entusiasmado por unos experimentos que realizaba aquellos días.

—Estoy seguro de conseguirlo —decía el doctor Trather—. He logrado resultados fantásticos, inconcebibles hace solamente una docena de años. No es para alabarme, pero, créame, señor Pawnton, que mi aparato puede solucionar gravísimos problemas de longevidad en un futuro muy próximo.

—Le felicito, doctor —dijo el padre de Mildred—. ¿Y en qué consiste su invento?

—Sustancialmente, es un acelerador temporal, aunque a muy reducida escala. Primeramente, tuve que construirlo como acelerador, porque, aunque parezca extraño, conseguir velocidad me resultaba más fácil que lograr un ritmo lento de desarrollo. Bien, los primeros experimentos dieron como resultado el nacimiento y crecimiento de

diversas células en fracciones de segundo, todo ello medido con aparatos sumamente precisos. Luego hice la prueba con animales vivos, ratas, claro, y en una hora, un ejemplar apenas nacido, creció y se desarrolló, llegó a estar listo para la reproducción, envejeció y murió.

—Eso significa que le redujo el tiempo de vida de un par de años en una hora.

—Cierto. Merced a este experimento, he conseguido exactamente el efecto opuesto. Hace casi un par de meses que tengo un par de ratitas recién nacidas y, en estos ciento ochenta días, conservan el aspecto que tenían a los veinte minutos de su nacimiento.

—Fantástico, doctor —dijo Pawnton—. Eso significaría conservación de las células, alargamiento de la vida.

—Sí, en efecto.

—Y también podría sentar las bases para una máquina del tiempo, ¿no?

—Oh, quizá algún día remoto... Mi aparato consume ahora grandes cantidades de energía. Para esa máquina que usted dice, se necesitaría una inmensa cantidad de energía..., y, por ahora, hay problemas más urgentes...

Mildred dejó de oír el diálogo. Squibbs acababa de aparecer en el umbral y echó a correr hacia él.

—¡Tony! —exclamó—. Me tenías muy preocupada... ¿Te ha sucedido algo...?

El joven hizo un esfuerzo para sonreír.

—Sí, pero te lo contaré después —repuso—. Ahora, si te parece, vamos a cumplir con los compromisos sociales, aunque no pueda decirse de mi nada elogioso en ese aspecto.

—Di que has tenido mucho trabajo —aconsejó Mildred en voz baja.

Squibbs asintió. Saludó a los invitados y besó la mano de la madre de Mildred.

—No debieras tener tanto interés por el trabajo. Tony —dijo Amanda Pawnton—. El trabajo produce rendimientos, desde luego, pero puede llegar a destruir a una familia.

—Procuraré que eso no suceda, señora —sonrió Squibbs, con la vista fija en la muchacha.

* * *

Mildred y Squibbs pudieron encontrar luego un espacio donde retirarse a conversar a solas. La joven se quedó atónita al conocer las peripecias por las que había pasado Squibbs.

—Es increíble —dijo—. Nunca había oído hablar de la SICE.

—Esas organizaciones secretas no gustan de la publicidad —contestó él.

—Y dices que Dworo te salvó...

—Atravesó el avión por dos veces. Con cuatro perforaciones, el aparato estalló como una bomba.

—Y a ti te llevó a casa...

—Como nos trajo de Skalmador, sanos y salvos...

—Nunca creerán lo que vimos allí —murmuró Mildred—. Pero tienes razón, esto se está convirtiendo en una pesadilla. —Y no vemos la forma de salir de ella —suspiró el joven.

Mildred lo agarró por un brazo.

—Tony, yo quiero un esposo, no un hombre parasitado por un ser superior, que le ordene lo que ha de hacer. ¿Entiendes?

Squibbs hizo una mueca.

—Oye, ¿sabes quién vende bombas atómicas? Porque podría poner a Dworo dentro de una de ellas y... Oh, no serviría de nada. Ese tipo lo resiste todo.

—Acaso un martillazo —sugirió Mildred,

—Lo intenté.

—¿Y?

—El martillo se hizo polvo de hierro.

Callaron un momento. Luego, Squibbs dijo:

—Voy a despedirme de tus padres. Tengo que hablar con Dworo.

—Me gustarla acompañarte, Tony —solicitó ella.

—Si no es incorrecto que abandones la fiesta...

—Los invitados se irán pronto. Ven, voy a decirle adiós a mamá. Papá está en su despacho, hablando de negocios. Creo que tiene uno muy importante entre manos.

Squibbs se paró de súbito.

—Dile que cancele el trato —exclamó,

—¡Tony!

—Hazlo. Esta noche no cerrará el trato. Pedirá un tiempo para reflexionar, pero más bien por impresionar a las otras personas. Pero si cierra el trato, correrá un grave peligro. Esos sujetos son unos embaucadores y quieren venderle algo que sólo tiene la cáscara.

Ella asintió.

—Se lo diré más tarde —prometió.

* * *

—Tenemos que hablar muy en serio. Dworo —dijo Squibbs, una hora más tarde.

—Estoy dispuesto —respondió el disco.

Squibbs señaló con el pulgar a Mildred, sentada a su derecha.

—Quiero que ella te oiga también a ti —manifestó.

—Ya me está oyendo. Tony.

—Es cierto —terció Mildred.

—Muy bien. Te lo diré con toda claridad —exclamó Squibbs—. Dworo, no te quiero. Vete, déjame en paz de una vez. Vuélvete por donde viniste. Ya has hecho bastante. Me has salvado la vida en más de una ocasión y nunca lo olvidaré ni dejaré de agradecértelo, pero ya es suficiente. ¿Entiendes? No quiero más, tengo bastante. Déjame libre, por lo que más quieras en este mundo.

—Ya es tarde —dijo Dworo.

—¿Qué?

—En todo este tiempo, te he estado «educando», instruyéndote,

desarrollando tu potencia mental. Aún falta bastante, pero has llegado al punto en que puedo iniciar la operación.

—¿Qué operación? —preguntó Squibbs.

—Durante cientos de años he estado buscando un planeta y una persona idónea que sirviera para mis planes. Te encontré a ti, precisamente lo que deseaba.

—Y no me soltarás.

—No. Pero tendrás fama, poder, salud, dinero... ¡Mira!

El disco se agrandó repentinamente.

Ondas irisadas nacían en su centro y se expandían hacia los bordes, los cuales, a su vez, se ensanchaban, hasta que pareció que el disco llenaba toda la habitación. Entonces, Squibbs y Mildred, atónitos, presenciaron una escena increíble.

Vieron un enorme salón, lujosamente adornado en rojo y oro, con gigantescas arañas colgadas del techo, grandes tapices en los muros, ventanales de exquisita factura, costosas alfombras y, al fondo, un enorme dosel, con dos sillones, sobre un estrado ricamente adornado.

Detrás de los sillones había un tapiz, con una leyenda: *Antonius I, Rex Terrae.*

Había una gran cantidad de personas en el salón, de ambos sexos, con vistosos trajes ellas y ellos con uniformes de gala o frac. Una puerta se abrió y un chambelán golpeó el suelo tres veces con la vara, anunciando clamorosamente:

—Su Majestad. Antonio I, Rey de la Tierra.

Squibbs apareció, vestido con un rutilante uniforme. Mildred, a su lado, apoyaba la mano derecha en el antebrazo del joven. Los cortesanos se inclinaban respetuosamente a su paso, mientras, en otro estrado lateral, una orquesta interpretaba una música solemne, que los dos jóvenes estimaron como una especie de himno real.

Squibbs se fijó, además, en que ambos aparecían con algunos años más, pero todavía con buen aspecto, sobre todo Mildred. Era una escena increíble, absolutamente fantástica..., pero sabían que aquello podía suceder y que Dworo quería que «sucediera».

Y é! y Mildred estaban destinados a ser reyes de la Tierra, por la voluntad de un ser extraño, que iba a dominar el planeta a través de



sus mentes.

CAPÍTULO XII

La escena desapareció súbitamente. Dworo recobró su aspecto normal.

—¿Satisfecho, Tony?

—Vas a convertirnos en reyes del planeta.

—Sí. Una nación única, con leyes únicas y, andando el tiempo, un lenguaje único.

—Y tú, tras las bambalinas, dirigiendo la función.

—¿Te disgusta?

—¿Cómo lo conseguirás, Dworo?

—Acabarás influenciando las mentes. Pronto podrás comprar un periódico. Cambiarás su título y lo llamarás el *Heraldo de la Monarquía Mundial*. Contratarás a un director y empezará la campaña en ese sentido. Dentro de un año, la gente empezará a tomárselo en serio.

—Y luego, el periódico empezará a leerse en todas partes.

—Te producirá lo suficiente como para comprarte una cadena de radiotelevisión. El padre de Mildred te aconsejará para que nadie sepa que eres el propietario. Será tu asesor financiero en algunos aspectos que tú no entiendes y a los que tu mente no llegue a influir. Más bien cosas de rutina, ¿comprendes?

—Un panorama fascinante —calificó Squibbs—. Sigue, sigue, por favor.

—Dentro de diez años, la fruta estará madura para una unión mundial de todas las naciones y ligas de naciones. Postularás para presidente mundial, pero tu periódico, ya muy influyente, hablará de que el título es lo de menos y ¿qué importa que el primer hombre de la Tierra sea rey o presidente? Será una época propicia para la fundación de una dinastía y los siglos venideros hablarán con orgullo de estos tiempos..., etcétera, etcétera, etcétera...

Squibbs juntó las manos arrobado.

—Yo, rey —dijo.

—Sí, Majestad —contestó Dworo, «muy serio».

—Y tú, colgado de mi cuello, y aconsejándome cómo debo gobernar.

—Por supuesto. Además, lo harás muy bien; serás justo, equitativo, benigno, magnánimo, demócrata, popular...

—Vamos, que voy a meterme a la Tierra en un bolsillo.

—Una metáfora muy brillante y acertada —calificó Dworo.

Squibbs se volvió hacia la muchacha.

—Mildred, ¿qué te parece la perspectiva? —consultó.

Ella fijó la vista en el disco.

—Dworo, ¿y eso cuánto durará?

—Oh, será eterno.

—¡No irás a decirnos que nos harás volver inmortales! —se asustó ella.

—No, mujer: yo me refería a la monarquía mundial.

—Ah, respiro —sonrió Mildred—. Es decir, nosotros moriremos, pero tú seguirás viviendo.

—Sí.

—¿Mucho tiempo más?

—Oh, un par de miles de años. Siglo más, siglo menos, es la cifra aproximada. Yo guiaré a vuestros descendientes...

Mildred se puso una mano en la frente.

—Basta, por favor; me estoy mareando —dijo—. Tony, ¿quieres llevarme a casa?

—¿Puedo, Dworo? —preguntó el joven.

—Hombre, no me tomes como un capataz de esclavos —respondió el disco.

—Gracias. Vámonos, Mildred. Ah, Dworo, olvidaba una cosa —exclamó el joven—. ¿Cómo has podido mostrarnos esa brillante escena de corte, si a mí me enseñaste otra mucho más modesta?

—También las personas de alto rango tienen su momento de intimidad.

—Oh, comprendo. Gracias por todo.

Salieron a la calle. Mildred preguntó:

—¿A qué escena te referías, Tony?

—Ya te lo contaré en otro momento.

—Como quieras. —Ella suspiró—. Estamos encadenados a Dworo y no podemos librarnos de él, ni aunque viviéramos también los dos mil años que asegura…

—Para nosotros sería una eternidad: para él, una vida normal.

De repente, los ojos de Mildred despidieron un chispazo.

—Vivir dos mil años… Tony, ¿te gustaría oír que creo que he encontrado una solución?

—Me encantaría, pero, ¿cuál es?

—La solución está en conseguir que Dworo viva esos dos mil años —respondió la joven enigmáticamente.

* * *

Transcurrió un mes.

Squibbs especuló en Bolsa y ganó una fortuna. Encargó un estudio acerca de un periódico en posibles dificultades y encontró uno, que compró sin apenas obstáculos. Dos meses más tarde, había encontrado el director apropiado. Por el momento, no había cambiado el título del periódico. Ya llegaría la hora.

Empezó a adquirir prestigio en los medios financieros. No obstante, procuraba ser moderado en sus especulaciones. Sabía que no lo hacía por sí mismo, sino impulsado por aquella especie de fuerza absoluta que era Dworo.

Las predicciones de Dworo se cumplían puntualmente. Squibbs lo llevaba a hora casi permanentemente colgado de su cuello, aunque oculto bajo la ropa. Solamente se lo quitaba en el momento de irse a la cama.

Dos meses más tarde. Mildred llamó al joven por videófono:

—Tony, me gustaría pasar un fin de semana contigo —propuso.

—Encantado —accedió él.

—Iré a buscarte. Estaré en tu casa dentro de una hora.

—Muy bien, me tendrás listo.

Mildred apareció, más hermosa que nunca. Squibbs la besó y luego la miró, verdaderamente complacido del aspecto tan radiante que ofrecía la muchacha.

—Ciertamente, pareces una reina —dijo.

Ella se echó a reír, halagada. Una vez que Squibbs se hubo sentado a su lado, pisó el acelerador. Salieron de la ciudad y ella orientó el coche hacia un edificio aislado que se divisaba en la ladera de una montaña.

Poco más tarde, se apearon frente al edificio, completamente solitario en aquellos momentos. Mildred sacó una llave, abrió la puerta y entró resueltamente.

Squibbs se dio cuenta bien pronto de que el edificio no era precisamente apropiado para un fin de semana, pero no quiso hacer el menor comentario. Mildred descolgó una bata blanca y se la puso. Luego se acercó a un extraño aparato que había en el centro de una estancia.

Sustancialmente, consistía en un cubículo de vidrio, de unos diez centímetros de grosor, situado sobre un pedestal, en uno de cuyos costados se veía un extraño conjunto de esferas y aparatos de control. El cajón de vidrio medía, exteriormente, unos sesenta centímetros de lado y se cerraba mediante una tapa que causaría un completo hermetismo en su interior.

Mildred presionó un interruptor y, en alguna parte, empezó a zumbar un generador. Squibbs, por instinto, se abstenía de hacer preguntas a la muchacha.

Al cabo de un rato, ella se le acercó sonriendo y se le colgó del cuello.

—Dame un beso, cariño.

Las dos bocas se unieron. De pronto, Mildred se quejó.

—Tony, la próxima vez que te abrace, quítate el disco. Me hace

daño…

Las manos de la joven asieron la cadena y la pasaron por encima de la cabeza de Squibbs. El disco brilló más que nunca al balancearse, sostenido por una mano de Mildred.

Súbitamente, Mildred lanzó el disco al cubículo de vidrio.

Bajó la tapa y presionó otro interruptor. Fue una acción rapidísima que duró apenas un segundo.

El zumbido de la maquinaria se acentuó. Squibbs contenía el aliento. Cuatro meses antes. Mildred le había dicho que tenía la solución, aunque no había querido explicarle cuál era. Ahora lo estaba viendo con sus propios ojos.

Transcurrieron algunos segundos. De repente, una silenciosa y a la vez estridente queja se elevó del interior de la caja de vidrio:

—¿Qué hacéis conmigo? —gritó Dworo.

Mildred estaba muy pálida, pero aparecía firmemente resuelta a continuar hasta el fin.

—Vamos a destruirte, Dworo —anunció.

—Pero yo os quiero, os amo intensamente.

—Hay amores que matan —contestó Mildred sardónicamente.

—No podréis vencerme —dijo Dworo—. Soy indestructible.

Ella consultó su reloj.

—Intenta salir de ahí —le desafió.

El disco se movió un poco, pero, en seguida, volvió a la inmovilidad.

—¡No puedo escapar! ¡Apenas puedo moverme! —gimió.

—Me lo figuraba —dijo la muchacha—. Dworo, es cierto que nos has proporcionado grandes beneficios y nos has salvado de gravísimos peligros, pero eso no te autoriza a convertirnos en tus esclavos. Eres un ser que ya ha cumplido su ciclo, y que, por lo tanto, debe desaparecer.

—¡No digas tonterías! ¡Aún viviré dos mil años!

Mildred consultó su reloj.

—Dworo, es hora ya de que lo sepas. Estás en el acelerador temporal del doctor Trather, un aparato de experimentación biológica, en cuyo interior el tiempo puede transcurrir miles de veces más rápido que en el exterior, He puesto el acelerador al máximo de potencia y, en este momento, tu tiempo corre medio millón de veces más rápidamente que en el exterior.

»Si tenemos en cuenta que un año tiene quinientos veinticinco mil seiscientos minutos, resulta que, en un minuto, vives un año. Han pasado ya once minutos, de modo que has vivido once años. Morirás dentro de dos mil minutos, es decir, unas treinta y tres horas.

Sobrevino una pausa, de silencio. Squibbs contenía el aliento.

Sí, era la única solución, se dijo. Una maravillosa idea, que a él no se le habla ocurrido... ni en dos mil años.

—¡Sácame de aquí! —gritó Dworo repentinamente—. No os haré nada. Dejaré que viváis como personas normales.

Squibbs se creyó en el deber de intervenir.

—Dworo, Mildred no haría eso que pides por nada del mundo —dijo—. Probablemente fuiste bueno y honesto en un principio; y puede que sigas siéndolo ahora, pero has vivido demasiado tiempo y has adquirido un poderío incalculable. Inevitablemente, en tus condiciones, cualquier ser inteligente tiende a corromperse, aunque no quiera, creyéndose, por razón de su sabiduría, árbitro inapelable de todos los seres que tiene a su alrededor y, queriendo hacerles un bien, lo que hace, en realidad, es convertirlos en peleles, que actúan según los dictados de ese ser poderoso y no según el libre albedrío de toda persona. Puede que una monarquía mundial fuese beneficiosa para la Tierra, pero, en todo caso, eso llegaría por convencimiento general de sus habitantes y no por imposición de una mente que tiene una fuerza absoluta. ¿Me has entendido?

—Era por vuestro propio bien... —«sollozó» Dworo,

—Lo que tú «creías» nuestro propio bien —corrigió el joven, inflexible.

Los minutos transcurrían. Había pasado ya media hora. Treinta años, se dijo Squibbs. El tercio de una vida normal, en sólo treinta minutos.

Dworo continuaba en el interior de la caja de vidrio. Sumergido en un campo temporal, espantosamente acelerado, se sentía

absolutamente impotente para utilizar su fantástica fuerza.

—Mildred, ¿cómo…? —Preguntó Squibbs.

—Se me ocurrió el último día que estuve en tu casa, cuando hablamos de vivir dos mil años. Entonces, recordé los experimentos del doctor Trather.

—Sigue, por favor.

—Vine a verle y pedí un empleo como ayudante de laboratorio. A fin de cuentas, mi padre financia parte de la Fundación. El doctor me aceptó… y así aprendí el manejo del acelerador. No es tan sencillo, como parece a primera vista. Tony.

—Estoy seguro de ello. Pero, dos mil años, son dos mil minutos…

—Treinta y tres horas y unos veintiún minutos, aproximadamente. Y ése es el tiempo que va a permanecer en el laboratorio, Tony. He preparado comida suficiente para este fin de semana. También hay un par de colchonetas, por si queremos descansar, pero siempre relevándonos en la vigilancia del aparato.

Squibbs sacudió la cabeza.

—No voy a separarme de aquí hasta que todo haya terminado —aseguró rotundamente.

Las horas transcurrieron inapelablemente. De cuando en cuando, Dworo se quejaba, suplicaba, amenazaba, rogaba…, pero los dos jóvenes se mantuvieron inflexibles.

En ningún momento quedó el aparato solo. Cuando uno de los dos tenía que retirarse, por un motivo urgente, el otro permanecía junto al acelerador. Incluso comían allí, sentados en sendos taburetes, sin apartar la vista de la caja de vidrio.

Habían entrado en el laboratorio el viernes a mediodía. El sábado, hacia las nueve de la noche, Dworo empezó a quejarse.

—Esto se acaba… Estoy llegando a mi fin… Dejadme morir fuera…

Squibbs consulto su reloj. «Treinta y tres horas y doce minutos», calculó.

Un par de minutos más tarde, Dworo empezó a temblar visiblemente. Squibbs y Mildred percibieron pensamientos confusos,

ininteligibles. Quería decir algo, pero su mente ya no respondía, atacada por una senilidad invencible.

Luego, en cuestión de segundos, Dworo se desintegró, se deshizo, se convirtió en un polvillo grisáceo, que formó un montoncito en el suelo del cubículo de vidrio. Hasta la cadena habla perdido su brillo.

—No eran dos mil años exactamente, claro que él nunca predijo una cifra absolutamente precisa —dijo Mildred.

Presionó la tecla de paro y el zumbido del generador se apagó.

—¿Ha sido un asesinato, Tony? —murmuró repentinamente aprensiva.

Squibbs pasó una mano por su cintura.

—Sea lo que fuere, teníamos que hacerlo —contestó—. Una serpiente de cascabel es un animal de mordedura mortífera, pero sólo si lo provocas o te ataca inesperadamente. Entonces, tienes derecho a matarla.

Mildred comprendió la alusión al acto.

—Sí, tienes razón —convino. Se pasó una mano por la frente—. Tony, creo que deberíamos marcharnos.

—Cuando quieras.

Salieron del laboratorio. Las estrellas brillaban en lo alto. Ambos se sintieron como liberados de una extraña pesadilla.

Ya no estaban bajo el poder de una fuerza absoluta. Eran ellos mismos, con el porvenir en sus manos y no en las de un ser que quería manejarlos como si fueran marionetas.

De pronto. Mildred recordó algo.

—Tony, nunca quisiste decirme cuál era la visión que te hizo ver Dworo, acerca de nuestro futuro —exclamó.

Squibbs sonrió.

—¡Cinco hijos, cinco! —exclamó—. Y todo ello, en menos de diez años de matrimonio...

—Parece que nos lo vamos a tomar con interés —rio la muchacha —. Pero eso es lo que quiere mi madre —añadió.

Agarrados de la mano, caminaron bajo las estrellas, alegres, felices, eliminado para siempre el peligro de la esclavitud a que había querido someterles aquel ser venido de las estrellas…

* * *

Unas semanas más tarde, en vísperas de la boda, Squibbs se encontró con un antiguo conocido.

—No busque a Dworo —dijo—. Lo destruimos,

Korth lo miró, incrédulo.

—Eso parece una fantasía... Son indestructibles...

—Sólo si no se sabe cómo hacerlo. Korth, si no me cree, le permitiré que me someta a un sondeo mental. Encontrará que le estoy diciendo la verdad.

Korth suspiró.

—Me volveré a Skalmador. Informaré de lo sucedido.

—No lo lamente, Dworo les habría ayudado en un principio. Pero luego les habría convertido en sus esclavos

Korth asintió.

—¿Sabe? En medio de todo, me alegro de que haya sido así. No me hacía demasiado feliz la idea de conseguir poder con cierta dase de ayudas.

Squibbs le dio una palmada en el hombro.

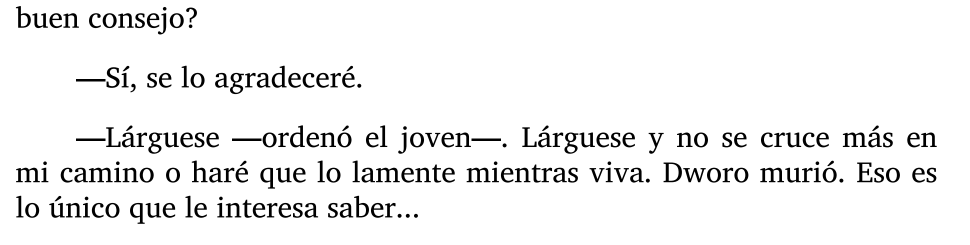
—¡Buen viaje de vuelta! —se despidió del skalmadorita.

Al día siguiente se encontró con otro conocido. Varno sacó un billete y lo tendió hacia el joven.

—Devuélvame a Dworo —pidió el sujeto.

Squibbs le miró fijamente.

—Varno, tengo la impresión de que usted estuvo detrás de esto en todo momento. No es más que una sospecha, porque si tuviera la certidumbre, le rompería todos los huesos. Quiso conquistarme empleando a Dworo, y sin importarle el hecho de que, en el fondo, fuese también su esclavo. Korth y los suyos, una vez establecido firmemente aquí, no se habrían atrevido a atacarle y... ¿Quiere un



buen consejo?

—Sí, se lo agradeceré.

—Lárguese —ordenó el joven—. Lárguese y no se cruce más en mi camino o haré que lo lamente mientras viva. Dworo murió. Eso es lo único que le interesa saber…

Varno se aterró al ver la mirada del joven. Dio media vuelta, y echó a correr, Atravesó un par de coches, en medio de los chillidos de sus ocupantes, y desapareció al otro lado de unos árboles.

En aquel instante, Squibbs oyó una voz:

—¡Tony! ¡Tony!

Mildred, radiante de belleza, corría hacia él.

—Tony, querido, perdona, pero me entretuvieron en la peluquería —se disculpó—. ¿Hacía mucho que me esperabas?

Squibbs la miró y sonrió.

—Toda la vida —dijo—. Te esperaba desde que nací.

Ella se emocionó.

—Es lo más hermoso que me han dicho jamás —repuso.

—Aún oirás más cosas maravillosas —aseguró él.

Coqueta, Mildred se agarró de su brazo.

—¿Sí? Por ejemplo…

—Las voces de cinco chiquillos, que lloran que pelean, ríe ríen, corretean…

Ella lanzó un hondo suspiro.

—Deben ser unos sonidos maravillosos —exclamó.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA 60 PTAS.